

lexis

Vol. XXXI (1 y 2) 2007

revista de lingüística y literatura

DEPARTAMENTO
DE HUMANIDADES



FONDO
EDITORIAL

Reconstrucción del proto-uro: fonología

Rodolfo Cerrón-Palomino
Pontificia Universidad Católica del Perú

0. Propósito. El presente estudio es un primer intento por ofrecer la reconstrucción del sistema fonológico del proto-uro. Con dicho objeto, el trabajo contempla tres secciones: una primera, que trata sobre aspectos externos relativos a la lengua, concretamente su localización geográfica, los problemas de su designación, y el recuento de su registro y documentación escrita; una segunda, que comprende la reconstrucción fonológica de la protolengua, previo examen del material comparativo existente; y, finalmente, una tercera sección, en la que se discutirán algunos aspectos diacrónicos relativos a la evolución y clasificación de las variedades de la lengua, sus posibles afinidades con otros grupos idiomáticos, así como los fenómenos de contacto que la afectaron.

1. Distribución territorial. De acuerdo con las informaciones proporcionadas por la documentación colonial (siglos XVI-XVII), los uros se encontraban dispersos en la zona altiplánica peruano-boliviana, rodeados de gente de habla puquina, aimara y quechua, en un espacio de aproximadamente 800 kilómetros, a lo largo del eje acuático Titicaca-Poopó, abarcando incluso la región salar de Coipasa (*cf.* Wachtel 1978). La misma documentación señala la existencia de poblaciones denominadas uro en las punas de Lípez así como en la costa del Pacífico, entre Arica y Cobija (*cf.* Lozano

Machuca [1581] 1965). Sin embargo, según se verá en § 2, en este caso, como en otros, el empleo del nombre *uro* en los registros de la época es ambiguo, pues no siempre designaba a los hablantes de la lengua. Tal es el caso de los llamados “uros” del Pacífico, que probablemente constituían una población ajena al idioma y a la etnia de los uros altiplánicos.

2. Cuestiones glotonímicas. Como es frecuente en la lingüística amerindia, el nombre de la lengua que estudiaremos ha sido objeto de distintas designaciones que han originado una serie de confusiones no sólo en el ámbito académico sino incluso entre sus propios hablantes. En efecto, para referirnos solamente a los consignados por la documentación colonial, cuatro han sido por lo menos los nombres con los que se ha hecho referencia a ella, sin mencionar las variantes ortográficas con que han sido registrados: *uro*, *uroquilla*, *ochozuma* y *puquina*. Como veremos en seguida, a la par que los tres primeros designan a la misma lengua, el último hace referencia a otra entidad idiomática.

Por lo que respecta a *uro*, como ya se adelantó, el nombre resulta ambiguo, desde el momento en que no siempre aludía a un grupo específico que hablara la lengua o a una etnia determinada, sino que refería también a una condición socioeconómica deprimida dentro del régimen fiscal colonial. En tal sentido, había uros que efectivamente hablaban *uro*, pero también había quienes hacían uso de otras lenguas, llámense *puquina*, *aimara* o *quechua*, en ese orden, y no necesariamente en calidad de bi o trilingües. No extraña, en este contexto, que la documentación colonial nos hable de uros del Pacífico, según se vio. De hecho, la misma palabra parece ser de origen quechua, pues provendría de **uru* ‘gusano, insecto’, y, por metafORIZACIÓN despectiva, ‘insignificante’. La voz haría referencia, en principio, a la condición de paria que caracterizaba a los moradores de los totorales de los lagos conectados por el Desaguadero, a los cuales los incas, primeramente, y los españoles después, trataban de sedentarizar, extrayéndolos de su habitat, para asimilarlos culturalmente con los quechuas y aimaras. Como resultado parcial de

dicha política, los uros lacustres, puquinizados previamente, fueron quechuzándose, aimarizándose, e incluso castellanizándose, en un largo proceso de asimilación lingüística que dista haber concluido en la actualidad.

En cuanto a *uroquilla*, nombre igualmente registrado en la documentación colonial, debe notarse que su empleo aparece geográficamente restringido para referir a grupos de habla uro diseminados desde la parte meridional del lago Titicaca hasta las punas de Lípez (cf. Anónimo [1600] 1972). Etimológicamente, la palabra es claramente una forma compuesta, cuyo segundo elemento <quilla> no parece ser sino una versión castellanizada del término quechua *q'illa* ‘ocioso’. La expresión, por lo demás, no haría sino reforzar el viejo estereotipo que incas, aimaras y españoles se habían formado de los uros como ‘ociosos’ y ‘haraganes’ (cf., por ejemplo, Alvarez [1588] 1998: cap. XX) en tanto que no habían podido integrarlos plenamente dentro del sistema de tributación fiscal. Por lo demás, como lo hemos señalado en otro lugar (cf. Cerrón-Palomino 2006a: cap. I, § 4, nota 9), no hay ninguna razón para pensar que la voz *uruquilla* designara a una lengua diferente de la uro.

Por lo que toca a *ochozuma*, la palabra aparece ligada específicamente a un grupo particular de pobladores lacustres de la zona sur del Titicaca y de las nacientes del Desaguadero (cf., por ejemplo, Ramos Gavilán [1621] 1988: I, cap. XI, 82). Según lo sugerimos en Cerrón-Palomino (*op. cit.*, cap. I, § 4, nota 6), esta vez la designación tiene una motivación lingüística: en efecto, todo parece indicar que ella proviene de **uĉum ŝoñi* ‘nosotros los hombres’, donde *ŝoñi* ‘ser humano’ se oponía al quechua *runa* y al aimara *haqi*, con la misma significación. Incidentalmente, los *ŝoñi* se llamaban a sí mismos *qut(a) ŝoñi* ‘hombres del lago’ o *qhwaŝ ŝoñi* ‘hombres del agua’, en oposición a los ‘hombres secos’ (aimaras y quechuas), haciendo alusión a su habitat natural del lago, sus islas y sus riberas.

Finalmente, según se desprende de la documentación colonial (cf. Wachtel [1990] 2001: II, cap. VI, 580), la lengua también recibió la denominación de *puquina*, no obstante que ella designaba a otra entidad idiomática hablada en los contornos del lago Titicaca, y con

la cual estuvo en contacto desde etapas previas a la llegada del aimara y del quechua a la región altiplánica. Tal designación ha persistido hasta la actualidad entre los hablantes modernos de la lengua, según lo han observado en sus trabajos de campo Lehmann (1929), Métraux (1935a: 89), e incluso el presente autor, de manera que la confusión no podía achacársele a Posnansky, como lo sugería Vellard (1949: 149), no obstante que el investigador aludido ni siquiera lo había sugerido (*cf.* Posnansky 1935). Entre los estudiosos, la equivalencia uro = puquina arranca por lo menos desde Hervás y Panduro ([1800] 1979: I, § 64, 244-245), y, pasando por de la Grasserie (1894), encuentra su consagración en el conocido trabajo de Créqui-Montfort y Rivet (1925). Crucial para la identificación que hacen estos autores entre ambas entidades lingüísticas es, por un lado, el hecho de que la lengua puquina, considerada por las autoridades coloniales como “lengua general”, al lado del quechua y del aimara, sólo podía tener sentido si su distribución geográfica comprendiera, aparte del entorno del lago Titicaca, el vasto territorio cubierto por el uro en la región altiplánica sureña, llegando hasta las costas del Pacífico. No menos importante para dicha igualación idiomática fue la interpretación que hacen los mencionados investigadores del pasaje de la “Relación de la Provincia de los Pacajes”, de Mercado de Peñalosa ([1586] 1965: 336), en el que se dice que los uros de Machaca, “con la comunicación que han tenido con los indios serranos [es decir con los que vivían fuera del lago], han venido a hablar la lengua aymará, y casi han dejado su lengua, que era puquina (énfasis agregado)”. Según esto, para los estudiosos franceses, no hay duda de que la lengua materna de los uros, a la que parece hacerse alusión implícita, era la puquina. Sin embargo, como ha sido señalado, cabe otra lectura del pasaje, más acorde con la compleja realidad lingüística altiplánica: que los uros de Machaca, previamente puquinizados, estaban aimarizándose, abandonando su segundo idioma, que habría sido el puquina. No obstante el carácter cuestionable de tales supuestos, Créqui-Montfort y Rivet intentarán probar, infructuosamente, la unicidad lingüística del uro-puquina (ver § 8).

Pues bien, tras el deslinde glotonímico efectuado, resta por precisar el nombre que emplearemos para designar a la entidad lingüística (familia) en su conjunto. Siguiendo en parte la tradición, hablaremos aquí de la familia uro y, consecuentemente, nos referiremos como proto-uro a la lengua ancestral reconstruida. Creemos que no hay razón para que la designación, una vez desambiguada de sus connotaciones extralingüísticas, no pueda ser empleada como glotónimo. Descartamos, en tal sentido, el uso de nombres menos genéricos, como los de uroquilla y ochozuma, que en todo caso aludían a grupos de hablantes uros más circunscritos. Por lo mismo, descartamos también el empleo de uru-chipaya para designar a la familia lingüística en su conjunto, tal como lo proponía Métraux, pues el membrete responde, sincrónicamente, al intento por captar dentro de él a las dos únicas variedades supérstites de la familia. El hecho es que el investigador suizo no tuvo noticias, entre otras, de la variedad *ch'imu*, registrada por Lehmann en 1929, para no mencionar aquellas otras que desaparecieron sin que fueran registradas.

3. Documentación. A diferencia del quechua y del aimara, lenguas profusamente documentadas y estudiadas, e inclusive del puquina, del cual por lo menos contamos con breves materiales catequísticos gracias al celo de Jerónimo de Oré (1607), el uro no parece haber sido registrado en la colonia. Ello no debiera sorprender, desde el momento en que el puquina, reconocido como lengua “oficial” por la autoridad virreinal (*cf.* Toledo [1575] 1989; II, 97-100), al igual que el quechua y el aimara, tampoco mereció estudio y análisis detenidos por parte de los gramáticos de la época. La razón fue de orden práctico: hacia la segunda mitad del siglo XVI los hablantes de puquina se encontraban en un grado bastante avanzado de aimarización o quechuización, de manera que podían ser evangelizados en estas dos lenguas, y, de otro lado, si bien lo propio acontecía con los uros, el idioma de éstos, al igual que sus hablantes, era objeto de profundo menosprecio, aparte de que su evangelización, por lo menos la de los moradores de los lagos y de sus islas, había encontrado serias resistencias (*cf.* Wachtel, *art. cit.*, 1140-1143). Con

todo, no faltan testimonios que señalan que, por lo menos los uros de la “provincia” de Paria (actual Oruro), fueron evangelizados en su propia lengua, y para lo cual se hizo necesario preparar materiales catequísticos, en la forma de confesionarios y doctrinas (*cf.* de la Calancha [1638] 1976: III, cap. XXIII, 1469). Si bien no dudamos de que tales materiales hayan circulado en manuscrito, lo cierto es que ellos no han sido encontrados en ninguna parte.

Huérfano de documentación colonial, ignorado o confundido con el puquina en la época republicana temprana, el uro fue sucumbiendo gradualmente frente el aimara, y sólo será “redescubierto” ante el mundo académico en las postrimerías del siglo XIX, como resultado del esfuerzo y la curiosidad científica de los grandes viajeros, verdaderos precursores de la arqueología y de la etnografía modernas. De esta manera, lo que tales estudiosos se apurarán en registrar, a veces dramatizando la situación, serán sólo los restos que quedaban de la otrora dilatada, si bien dispersa, lengua de los hombres del agua. Sin embargo, todavía habrá que esperar hasta la segunda mitad del siglo XX para que contemos con estudios propiamente científicos de una de las variedades supérstites del idioma. En dicho lapso irán desapareciendo incluso aquellas otras que habían tenido la fortuna de ser registradas parcialmente. En lo que sigue nos referiremos a tales registros y estudios periodizándolos bajo dos etapas: una pre-lingüística y otra lingüística propiamente dicha.

3.1. Etapa pre-lingüística. Comprendida entre los años 1894 y 1950, este periodo se caracteriza, tras una fase inicial de redescubrimiento, por el registro y documentación de las variedades hasta entonces sobrevivientes de la lengua. Los investigadores de esta etapa son conscientes de la necesidad urgente de acopiar el mayor número de materiales de la variedad que registran, pues advierten el peligro de extinción que se cierne sobre ellas. De allí que, antes que el análisis y el estudio propiamente dichos, el esfuerzo está destinado al acopio de cuanto material fue posible obtener a través de los informantes, asistidos casi siempre por un intérprete aimara. De esta

manera, dependiendo de la accesibilidad y del tiempo destinado a la encuesta, así como del grado de conservación de la variedad registrada, los materiales obtenidos van desde la simple lista de algunos centenares de palabras y expresiones hasta el recojo de vocabularios más elaborados y la consignación de textos etnográficos de incalculable valor. Los dialectos registrados de esta manera fueron tres: el ch'imu, el iruhito y el chipaya. De ellos, el primero se extinguió a mediados del siglo XX, el segundo se encuentra en su fase terminal, y sólo el tercero es el que sobrevive en la actualidad.

Pues bien, la primera documentación de la lengua se la debemos a Max Uhle, el fundador de la arqueología andina. En sus viajes de exploración y reconocimiento efectuados en el altiplano boliviano, entre 1893 y 1894, tras infructuosas averiguaciones en la puna de Lípez, el estudioso germano tiene al fin noticia de la existencia de la variedad uro del chipaya, hablada en Santa Ana de Chipaya, localizada al norte del lago de Coipasa (Oruro). Se dirige presuroso al lugar, y aunque no tiene la fortuna de llegar al mismo pueblo, encuentra dos hablantes de la lengua en la localidad cercana de Huachacalla. En dos jornadas y media de intenso trabajo (febrero de 1894) logra registrar un vocabulario de alrededor de 400 formas léxicas. Al año siguiente, ya instalado en La Paz, visita otra localidad de habla uro (agosto de 1895), esta vez Iruhito, en la comunidad de Ancohaque, a 12 kilómetros del Desaguadero, donde obtiene un vocabulario de extensión similar a la del chipaya. Los dos vocabularios, pasados en limpio a dos columnas por el propio investigador, permanecen inéditos hasta la fecha (*cf.* Uhle 1895a). El mismo Uhle dejó trunca una gramática del uro, que había comenzado a redactar (*cf.* Uhle 1895b).

La segunda documentación de la lengua la efectúa el historiador peruano José Toribio Polo, quien organiza, en febrero de 1897, una excursión en el territorio de los uros del Titicaca y del Desaguadero. En dicho viaje identifica hasta seis comunidades uro-hablantes, localizadas a un lado y otro de la frontera peruano-boliviana, a saber: Iruhito, Sojapata, Simiñaque, Ancohaque, Aguallamaya y Nazacara. Como resultado de su exploración, recoge un vocabulario

de alrededor de 380 formas léxicas y 32 “frases de uso frecuente”, material que fue publicado algún tiempo después (*cf.* Polo 1901). Como el mismo autor refiere, su vocabulario corresponde básicamente al uro hablado en la localidad boliviana de Nazacara, distante 64 kilómetros del Desaguadero (Caquiaviri), aunque incluye en él material incidental proveniente de Ancohaque y Aguallamaya, así como también de otras fuentes de origen incierto. Una inspección del acopio de Polo permite apreciar que el suyo es un vocabulario que no difiere mucho del correspondiente al uro de Iruhito.

El tercer investigador que recoge materiales de la lengua, esta vez nuevamente del uro de Chipaya, fue el ingeniero austriaco e improvisado arqueólogo Arthur Posnansky. Como resultado de su breve trabajo de campo en el lugar, dicho estudioso, que afirma haber “descubierto” la “hasta entonces completamente desconocida tribu de los chipayas” (*cf.* Posnansky 1924), da a conocer un corpus de aproximadamente 638 materiales léxicos y fraseológicos, organizado por dominios semánticos (366 entradas) y categorías gramaticales (272 registros). El material recopilado por el mencionado investigador es similar en caudal al acopiado por Uhle, con la diferencia de que aquél incluye elementos fraseológicos, ausentes en el vocabulario del estudioso germano. Por lo demás, Posnansky pretendía ignorar que el verdadero “descubridor” del chipaya había sido precisamente Uhle.

El cuarto en documentar la lengua fue Walter Lehmann, estudioso de las lenguas mesoamericanas, quien, tras recoger datos en Ancohaque, previamente visitado por Max Uhle, viaja al vecino departamento peruano de Puno, en cuya localidad de Ch’imu, situada a ocho kilómetros de la capital, tuvo la fortuna de registrar, por primera y única vez, la variedad hablada en dicho lugar (29 de octubre de 1929). En una larga velada de trabajo Lehmann pudo recoger una lista de alrededor de 304 elementos léxicos, incluyendo algunos fragmentos de paradigmas gramaticales, de labios de un par de informantes (Florentino y Nicolás Valcuna, padre e hijo respectivamente). Una nota que salta a la vista en dicho material, y que curiosamente responde a un cuestionario previamente elaborado

por el investigador para elicitarse materiales del quechua y del aimara, es su ausencia completa de elementos léxicos verbales, lo cual es de lamentar, ya que la variedad en cuestión dejó de hablarse en el lapso de dos décadas. En efecto, cuando Vellard viaja al lugar en 1951 se encuentra con que los lugareños, a lo sumo, hablaban “casi una jerga, mezcla de algunas palabras urus, de aimara y de quechua” (cf. Vellard 1954: cap. VI, 113). De manera que el material registrado por Lehmann es el único con el que contamos para el uro de la bahía de Puno. Ordenado por su recopilador, lado a lado de su equivalente de Ancohaque, permanece inédito hasta la actualidad (cf. Lehmann 1930), al igual que los de Uhle, su iniciador.

El siguiente investigador fue el etnógrafo suizo Alfred Métraux, quien permanece con los chipayas por espacio de dos meses (enero y febrero de 1931) realizando un trabajo de campo en gran escala, y, como resultado de ello, dará a conocer poco después sus estudios tanto etnográficos, que comprenden el registro de oraciones, mitos, y cuentos recogidos en el terreno (cf. Métraux 1935b: 111-128), como lingüísticos propiamente dichos, concretamente un vocabulario francés-chipaya, seguido de tres testimonios, con traducción literal interlineal (cf. Métraux 1936: 337-394). El mismo año visita Ancohaque por espacio de una semana, en junio de 1931, con el objeto de recoger material etnográfico y léxico a fin de compararlos con los del chipaya (cf. Métraux 1935a). Al igual que en su registro anterior, el vocabulario del uro de Ancohaque es presentado también en su versión francés-uro (pp. 90-110).

Finalmente, otro estudioso que realiza trabajos de envergadura entre los uros de Ancohaque entre los años de 1938 y 1951, con grandes intervalos de por medio, es el etnohistoriador francés Jehan Vellard. Según él mismo refiere, su acopio de materiales lo realizó con la ayuda de dos informantes (el nonagenario Manuel Inta, y Carlos Quispe, cincuentón), aunque tuvo la oportunidad de verificarlos en parte, sobre todo el léxico, con otros hablantes de la comunidad. El propósito de Vellard era, según confesión propia, recoger toda la información necesaria para “poner en evidencia las estrechas afinidades gramaticales y lexicográficas” que, siguiendo a

Créqui-Montfort y Rivet, guardaban entre sí el uro y el puquina. Los materiales recogidos y publicados por el investigador galo son de tres tipos: (a) etnográficos, en la forma de relatos y diálogos (*cf.* Vellard 1949), (b) léxicos, ordenados en 18 campos semánticos (*cf.* Vellard 1950), y (c) gramaticales, dispuestos en categorías léxicas y frasales (*cf.* Vellard 1951). El citado autor da a conocer, con posterioridad, un estudio complementario al anterior, integrado por una variada fraseología, seguida de observaciones gramaticales formuladas a partir del material ofrecido (*cf.* Vellard 1967). En general, el corpus aportado por Vellard asombra por su variedad y riqueza, sólo comparable al acopio efectuado por Métraux para el chipaya. El mismo estudioso es autor de un hermoso libro de conjunto sobre los uros (*cf.* Vellard 1954).

3.2. Etapa lingüística. En verdad, los estudios propiamente lingüísticos relativos a las lenguas sudamericanas tienen su inicio en la década del sesenta del siglo pasado. En tal sentido, los del uro no podían ser una excepción. Para entonces, sin embargo, ya se había extinguido el ch'imu y el iruhito de Ancohaque atravesaba por una etapa de obsolescencia irreversible, según lo reportaba Vellard. Quedaba el chipaya como la única variedad que se mantenía vigorosa, por lo que la atención de los investigadores se dirigió hacia ella.

En efecto, el primer lingüista que estudió la variedad referida fue el norteamericano Ronald Olson, del ILV (Instituto Lingüístico de Verano), quien vivió y trabajó con los chipayas por espacio de diecisiete años (1960-1977), con algunos intervalos fuera del pueblo. Como la mayoría de los miembros de su institución, Olson tuvo que conciliar sus actividades proselitistas con las propiamente lingüísticas, descuidando a la larga estas últimas a favor de las primeras, cuyo objetivo central era la traducción del Nuevo Testamento al chipaya. En tal sentido, los trabajos descriptivos del investigador, desaparecido recientemente (2003), quedaron en su mayor parte a medio hacer, como informes periódicos de campo. De hecho, apenas publicó dos estudios, uno de índole comparatística, en el que intentó probar el parentesco a gran distancia entre el maya y

el chipaya (*cf.* Olson 1964, 1965a), y otro de corte descriptivo, que versa sobre la sílaba chipaya (*cf.* Olson 1967). Entre sus reportes de campo figuran, aparte de un vocabulario (Olson 1963), bosquejos analíticos sobre la fonología (Olson 1962a), morfología (Olson 1966a) y sintaxis (Olson 1966b) de la lengua, todos enmarcados dentro del modelo tagmémico. Fuera de ello, el autor llegó a editar cartillas y textos de lectura (*cf.*, por ejemplo, Olson 1966c, 1966d), además de varios folletos de contenido religioso-proselitista. Dentro de esta índole de trabajos, figura también la traducción del Nuevo Testamento, efectuada bajo su dirección (*cf.* C.A.L.A. 1978).

La segunda persona que dirigió su atención al estudio del chipaya fue la lingüista francesa Liliane Porterie, investigadora afiliada al CNRS (Centre National de la Recherche Scientifique), quien pasó varias temporadas en Chipaya realizando trabajos de campo, entre octubre de 1983 y agosto de 1985. La suya fue una faena de acopio realmente notable, pues aparte de los materiales que respondían a las encuestas destinadas a extraer la gramática y el vocabulario de la lengua, tuvo el cuidado de registrar textos de tradición oral chipaya, obtenidos de manera natural y espontánea, gracias a la colaboración de algunos de los buenos informantes con quienes tuvo la suerte de trabajar. Lamentablemente, debido al mal que la aquejaba, esta investigadora no pudo coronar sus estudios, pues la enfermedad acabó con ella cuando aún no había terminado de transcribir el vasto corpus recogido, sin darle mayores posibilidades para ahondar en el análisis de la lengua. Del rico material de literatura oral transcrito, sólo ha sido dado a conocer un par de relatos, parcialmente analizados por su recopiladora, y publicados póstumamente por Rosaleen Howard (*cf.* Porterie 1990).

Ahora bien, dado el carácter fallido de los estudios de Olson y Porterie, se hacía urgente la necesidad de volver a trabajar con la lengua. Es lo que intentamos hacer desde agosto de 2001. De entonces a la fecha, aprovechando las breves vacaciones de medio año, hemos venido estudiándola, de tal manera que actualmente tenemos publicada, por primera vez, una gramática de la lengua (*cf.* Cerrón-Palomino 2006a), y en breve estaremos sacando a luz también un

vocabulario chipaya-castellano/castellano-chipaya (*cf.* Cerrón-Palomino y Ballón Aguirre 2008).

Paralelamente, el lingüista holandés Pieter Muysken ha dirigido su atención al estudio del iruhito, en situación terminal irreversible, en varios periodos de trabajo de campo efectuados en 2001 y 2002. Como es de suponerse, la tarea más difícil en su caso fue localizar a alguien que tuviera un dominio razonablemente fluido de la lengua. Tras un trabajo penoso y desalentador con semihablantes, Muysken pudo finalmente, con la ayuda de una de las últimas hablantes (Teodora Vila), recoger todo el material que le fue posible obtener en una situación precaria como la descrita. Como resultado de tales esfuerzos, el investigador holandés ha publicado a la fecha un vocabulario ordenado por campos semánticos, así como un par de canciones obtenidas de un informante (Lorenzo Inta), fuera de la reproducción de parte de los textos etnográficos recogidos por Vellard (*cf.* Muysken 2005). El mismo autor ha venido dando a conocer algunas caracterizaciones gramaticales de la variedad estudiada (*cf.* Muysken 2000, 2001, 2002). En general, la impresión que tiene el investigador de las posibilidades de obtener datos nuevos para el estudio sistemático de la gramática de la lengua es negativa. En tal sentido, fuera de los materiales publicados por Vellard, que aunque apreciables en extensión no dejan de ser pobres en información gramatical, no contamos ya, inexorablemente, con otro recurso que permita cubrir dicho vacío. Queda por estudiar, sin embargo, la gramática inconclusa de Uhle.

3.4. Material comparativo. Del recuento bibliográfico efectuado en las secciones precedentes, se desprende que, de todas las variedades registradas, la chipaya es la que goza de una documentación recurrente en el tiempo, abarcando las dos etapas de estudios mencionadas. No solamente cuenta en su favor el hecho de haber sido la primera en ser registrada (1894) sino que, en virtud de su sobrevivencia, ha podido ser objeto de estudio y análisis por parte de gente entrenada en la disciplina. No así en el caso de las otras variedades (nazacara, ch'imu y ancohaque), que desaparecieron antes

de que fueran consignadas por los especialistas. El esfuerzo reciente por estudiar el iruhito (*cf.* Muysken 2005), se da demasiado tarde ya, cuando la variedad agoniza irremediablemente. Como consecuencia de ello, tales variedades, y de manera más dramática el ch'imu, sólo pueden ser abordadas a través de la documentación existente, previa “restitución” de la misma (*cf.* Constenla 2001).

En tales condiciones, la interpretación de los materiales plantea una serie de problemas relacionados con su calidad e integridad, empezando por las dificultades que presentan las inseguridades de la notación con que han sido registrados. Conforme lo adelantamos, una parte de ellos comprende documentación manuscrita inédita (Uhle, Lehmann), y otra, impresa (Polo, Posnansky, Métraux y Vellard). Recordemos, además, que en ambos casos, por razones cronológicas y de formación profesional, estamos ante registros hechos por personas de distinta y variada procedencia académica. En efecto, si bien Uhle y Lehmann tenían preparación solvente en la lingüística de su tiempo, Polo no pasaba de diplomático historiador, a la par que Posnansky fungía de arqueólogo aficionado; Métraux y Vellard, a su turno, etnógrafos de profesión, no parecían sentirse muy cómodos en materia lingüística, según confesión propia. Con todo, cada quien, a partir de su propia experiencia, se esmeró lo mejor que pudo por consignar la lengua, procurando sortear las dificultades de notación que su registro presentaba. En unos casos (Polo y Posnansky), el recurso gráfico empleado fue producto de una adaptación propia del investigador, por cierto nada ajeno a su experiencia idiomática y ortográfica; en otros (Uhle y Lehmann, en especial del segundo), se echó mano de un alfabeto fonético ideado para el registro de lenguas indígenas centroamericanas; y, finalmente, en los casos restantes (Métraux y Vellard), se recurrió al alfabeto fonético del Instituto de Etnología de París. Como era de esperarse, la notación de los investigadores germanos y francófonos resultó siendo más confiable que la de sus colegas mencionados, por su relativa sistematicidad y por el nivel de detalle ofrecido. Entrando en cuestiones semánticas, sin embargo, el material consignado acusa, por igual, problemas inevitables de interpretación, pues no

olvidemos que el recojo del mismo se hizo dentro de un circuito de comunicación complejo entre el encuestador y el informante: partiendo del castellano al aimara y al uro, y regresando en forma inversa, del uro al aimara y al castellano. Como resultado de ello, no siempre el material recogido responde al concepto solicitado por el entrevistador, como lo hemos demostrado en el examen del material chipaya recogido por Uhle (*cf.* Cerrón-Palomino 2006b). Ciertamente, la calidad de los datos en este punto dependió también del tiempo de exposición que tuvo el investigador con la variedad estudiada: no es lo mismo una breve incursión en el campo que una visita prolongada de algunos meses en él.

Teniendo en cuenta los factores mencionados en líneas precedentes, conviene ahora preguntarse sobre el grado de confiabilidad de tales materiales. Al respecto, debemos señalar que, con ser sumamente valiosos —y en el caso del ch'imu único en su especie—, ellos no están exentos de imprecisiones, cuando no de incoherencias e inexactitudes. A todo lo cual deben agregarse, en el caso de los documentos publicados, las erratas y omisiones inevitables de su edición. ¿Cómo entonces justipreciar su calidad? El examen interno de los mismos y el cotejo cuidadoso de todos ellos entre sí pueden eventualmente permitirnos su “restitución” fidedigna aproximada. Después de todo, tal es el único recurso que queda cuando se está frente a lenguas muertas con escasa documentación. En el presente caso, afortunadamente, la situación no es tan grave, en la medida en que contamos con un elemento de “control”: el chipaya. Efectivamente, gracias al conocimiento directo de esta variedad, podemos sostener que las fuentes mencionadas, al margen de su densidad y cobertura variables, no podrían aprovecharse plenamente sin su confrontación previa con los datos contemporáneos del chipaya. Ello es cierto no sólo para la restitución confiable del material previo de esta variedad (Uhle, Posnansky y Métraux), que al fin y al cabo consigna el mismo dialecto, aunque en el lapso de más de una centuria, sino también del resto de los documentos (Polo, Lehmann, Métraux y Vellard) que, conforme se verá más adelante, registran hablas bastante cercanas a la variedad de “control”.

Ahora bien, para señalar los problemas de interpretación que presentan tales documentos, bastará con llamar la atención sobre algunas de las dificultades más saltantes que resolvieron a su modo los investigadores mencionados. Entre ellas destacan ciertamente los esfuerzos por identificar y registrar los sonidos particularmente extraños a la experiencia idiomática de los mismos. De hecho, algunos de ellos, seducidos y a la vez abrumados por la recurrencia de tales segmentos, se adelantaron en confesar su personal desazón al no poder captarlos en su integridad. En tal sentido, particularmente notorio es el tratamiento errático de cuatro aspectos cruciales de la fonología de la lengua: (a) la oposición velar-postvelar, (b) la discriminación de africadas, (c) la distinción de laringalizadas, y (d) la diferenciación de las sibilantes. En lo que sigue nos referiremos brevemente a cada uno de tales puntos.

Empezando por la distinción velar-postvelar, debemos señalar que no todas las fuentes la advierten, si bien, unas más que otras, dan indicios de la diferencia, aunque en forma siempre vacilante, por no decir incoherente. La razón de esta práctica hipodiferenciadora podría radicar en el hecho de que, a diferencia de lo que acontece en el quechua y el aimara, en el caso del uro el “margen de seguridad” entre ambos puntos de articulación es estrecho, de manera que su discriminación requiere de mayor entrenamiento. Por lo que respecta a las africadas, salvo Uhle, Lehmann y Métraux, más certeros en su percepción, el resto de los estudiosos sólo distingue dos allí donde la lengua registraba tres (alveolares, palatales no retroflejas y retroflejas). En este caso, a la par que todos identifican las alveolares, confunden por lo general las palatales retroflejas a favor de las no retroflejas. Con todo, no faltan indicios en los materiales, a pesar de la confusión, de la presencia de las tres africadas en las variedades que registran. De hecho, los tres investigadores mencionados se esmeran en procurarles una notación especial, aunque no siempre de manera consistente. En lo que toca a las laringalizadas (aspiradas y glotalizadas), el panorama no deja de ser igualmente desconcertante, pues aunque las aspiradas resultan más notorias, a menudo se las confunde con las glotalizadas, y viceversa; o simple-

mente se las pasa por alto, de manera que tampoco faltan barruntos que delatan su presencia. Finalmente, en cuanto a las sibilantes, el panorama es bastante similar al ofrecido por las africadas: dejando de lado la alveolar, cuya identificación no ofrece problemas, las otras dos (dentoalveolar y retrofleja) suelen ser confundidas entre sí, pero también con la primera. Por lo demás, conviene destacar que en los casos concretos discutidos aquí, como en el resto de los segmentos de la lengua, el análisis de los materiales se ha visto enormemente allanado en virtud de la notación “cerrada” con la que han sido registrados algunos de ellos, entre los que sobresalen, por el nivel de detalle, los manuscritos inéditos de Uhle y Lehmann.

Pues bien, sobra decir que las observaciones que acabamos de hacer son el resultado del “control” de las fuentes mencionadas a partir de un conocimiento actual de la única variedad sobreviviente. Ello nos ha permitido, además, llegar a la conclusión de que, por lo menos en el aspecto fonológico, estaríamos ante una misma realidad subyacente. En otras palabras, el examen interno efectuado en los distintos registros del uro (ch’imu, nazacara, ancohaque e iruhito), a la luz de su cotejo con los datos del chipaya, nos autoriza a sostener que las variedades involucradas compartían, salvando algunas diferencias superficiales, un mismo sistema fonológico. Partiendo de esta constatación, el trabajo de reconstrucción que emprenderemos se basa en la elección hecha de tres de las cinco variedades registradas: el ch’imu, el ancohaque y el chipaya. La selección efectuada obedece tanto a razones de corte histórico, dialectal, y de orden práctico. Así, se elige el ch’imu no sólo por el carácter único de su registro sino también por ser la variedad más “norteña”; el ancohaque, en torno al cual se subsumen los materiales del nazacara y del iruhito, por ser muy cercanos entre sí; y, finalmente, el chipaya, por ser el representante más “sureño” y mejor conocido de todos los dialectos. De esta manera, siguiendo a algunos de los que nos precedieron, podemos referirnos a las tres variedades seleccionadas valiéndonos de nombres más genéricos, que a su vez responden a su localización geográfica, como Uro de la Bahía de Puno (UP), Uro del Desaguadero (UD) y Uro-Chipaya (UCH), respectivamente.

Ahora bien, para los efectos de la comparación dialectal y la consiguiente reconstrucción de la lengua ancestral, echaremos mano principalmente, para UP y UD, de los materiales de Lehmann, y para UCH, de los de nuestra cosecha personal. Ciertamente, fuera del caso de UP, que no tiene otra alternativa, y de UCH, cuya situación documental es privilegiada, la opción por el manejo del material de Lehmann para UD puede parecer arbitraria, desde el momento en que no sólo está relativamente bien documentada sino que también goza de mayor representatividad. Sin embargo, nuestra opción obedece a razones estrictamente prácticas: la reconstrucción que propondremos se basará en el testimonio ofrecido por las tres entidades mencionadas, aun con el riesgo de las limitaciones de cobertura que impone UP, y que, como se dijo, responde a su naturaleza de orden fundamentalmente léxico. Siendo que el corpus de Lehmann comprende una lista comparada de UP y de UD (variedad ancohaque), se ha preferido trabajar con este mismo material, al cual se le ha contrapuesto el correspondiente al de UCH. Lo que no significa que se haya ignorado, en el caso de UD, la información proveniente de otras fuentes.

5. Reconstrucción. El inventario fonológico que postulamos para el proto-uro (PU) surge del cotejo de 106 cognadas compartidas sistemáticamente por las variedades-testimonio agrupadas en UP, UD y UCH. Ocasionalmente, cuando no se han encontrado suficientes cognados compartidos por UP, la reconstrucción busca reforzarse con datos provenientes de las dos restantes variedades, en cuyo caso echamos mano de Métraux y eventualmente de Vellard. Primeramente ofreceremos el inventario consonántico y luego el vocálico. Tras la presentación de cada uno de ellos pasaremos a fundamentar la justificación de los mismos, con la ejemplificación de las cognadas respectivas.

5.1. Consonantes. El cuadro I ofrece las consonantes postuladas para el PU:

*p	*t			*k	*q
*p ^h	*t ^h			*k ^h	*q ^h
*p'	*t'			*k'	*q'
		*ts	*č	*ĉ	
		*ts ^h	*č ^h	*ĉ ^h	
		*ts'	*č'	*ĉ'	
	*š	*s		*š	*χ
*m	*n		*ñ		*h
	*l		*λ	*ɭ	
	*r				
*w			*y		

Como puede apreciarse, se postula un juego de 35 consonantes, que comprende tres series de oclusivas: */p t k q/ (simples), */p^h t^h k^h q^h/ (aspiradas), y */p' t' k' q'/ (glotalizadas); tres series de africadas: */ts č ĉ/ (simples), */ts^h č^h ĉ^h/ (aspiradas) y */ts' č' ĉ'/ (glotalizadas); cinco espirantes: */š s ṣ̌ χ h/; tres nasales */m n ñ /; tres laterales: */l λ ɭ/; una vibrante */r/; y dos semiconsonantes: */w y/. Incidentalmente, no se reconstruyen consonantes labializadas, con ser segmentos familiares a las variedades modernas del uro, por razones que se discutirán en su momento. Todas las consonantes postuladas ocurrían libremente tanto en posición inicial absoluta como intervocálica, con las siguientes excepciones: las laringalizadas, la glotal aspirada y la lateral velar sólo aparecían en el primero de los contextos mencionados. Por lo menos en el nivel de raíz no se registraban formas que terminaran en consonante, y los grupos consonánticos en posición intervocálica, de naturaleza obligatoriamente ambisilábica, además de esporádicos, estaban bastante restringidos. Cualquier otra desviación de esta pauta general se explica como un desarrollo ulterior en las variedades modernas de la protolengua. Con tales restricciones fonotácticas, la estructura silábica, en verdad muy simple, podía resumirse en la fórmula (C)V(C). Por lo que toca al acento de intensidad, éste ocupaba una posición fija, localizada en la penúltima sílaba. En lo que sigue nos ocuparemos de las consonantes postuladas, presentándolas en series, con los cognados que sustentan su reconstrucción.

5.1.1. Oclusivas. Las consonantes oclusivas se distribuyen en cuatro órdenes: bilabial, dentoalveolar, velar y postvelar; y en tres series: simples, aspiradas y glotalizadas. La secuencia en que aparecen los cognados que ilustran la ocurrencia de los segmentos tratados, aquí y en adelante, es el siguiente: UP (representado por el ch'imu), UD (testimoniado por el ancohaque) y UCH (atestiguado por el chipaya), respectivamente. Nótese que las cognadas de las dos primeras variedades representativas aparecen en su notación original aproximada.

5.1.1.1. Oclusivas simples */p t k q/. En general la reconstrucción de estos segmentos no ofrece mayores dificultades, como lo prueban los juegos de cognadas, de los cuales presentamos, a manera de ilustración, sólo algunos. Nótese que, por la naturaleza de su registro, no siempre UP aparece representada por una cognada, y, peor aún, en algunos casos nos vemos obligados a consignar el vacío respectivo .

*/p/

páko	pako	paku	'perro'
pís ⁱ	pí ^{sh}	piş	'seno'
pŭts	páts ^h i	potsi	'cuchillo'
t!ápa	tápa	tapa	'ají'
īpi	āpāi	ep	'padre'
hīpsi	hæpsi	hepsi	'carga'

*/t/

thāk'ō	táku	taqu	'palabra'
tíki	tíki	tiki	'muerte'
t!úna	túna	tuna-ri	'pampa'
áta	áta	ata	'boca'
ĩškéti	tşχæti	şqeti	'humo'
p!ésta	phéta	p ^h eta	'huevo; pozo'
hūĩtsi	hūĩχti	wixt	'fuego'

*/k/

kūrta	tškūrtak	kurta	‘estera’
khūla	kūla	kula	‘quinua’
yūki	yūki	yuki	‘cara’
śīχo	ǰǰiko	tseku	‘cielo; arriba’
lōsca	kāska	quška	‘lechuza’
lūχ(lū)	lūkū(āua)	luku	‘varón’
lītšina	līktin	likči	‘borracho’

*/q/

kāru	kāru	qaru	‘cuerda de paja’
χāra	tšχāla	šqala	‘sementera’
k īži	tš-kīshi	šqiši	‘pellejo’
īskē	īshki	išqi	‘diente’
(tšāra)	yōko	yuqa	‘tierra; suelo’
(haip’ū ro)	hāka	haqa	‘día siguiente’

5.1.1.2. Oclusivas aspiradas */p^h t^h k^h q^h/. La reconstrucción de esta serie de oclusivas tampoco ofrece problemas, aun cuando los juegos de cognadas no siempre sean muy frecuentes. Como se adelantó, su ocurrencia estaba restringida a la posición de inicial de sílaba, fundamentalmente absoluta, aunque ocasionalmente podían darse también en contexto intervocálico.

*/p^h/

p!āya	pāya	p ^h aya	‘césped’
pāni	pālñi	p ^h alñi	‘sudor’
pīscūna	pīškūna	p ^h iška	‘lagartija’
tīra	pīla	p ^h ila	‘arena’
pūitra	pāta	p ^h ota	‘polvo’
p!ēsta	phēta	p ^h eta	‘huevo’

*/t^h/

tōra	tūra	t ^h ura	‘nido’
tūni	tūni	t ^h uñi	‘sol’
tūχiā	tū	t ^h u:	‘nombre’
hūāta	hūāta	wat ^h a	‘pueblo’

/k^h/

kúts	khútsī	k ^h uts(a)	‘codo’
kúrsi	kúrsi	k ^h urş	‘cola’
k’úñi	!chūni	k ^h uñi	‘oreja’

/q^h/

k’ára	kāra	q ^h ara	‘mano’
khátsi	khátsi	q ^h ats(a)	‘bolsa’
k’óñe	khóñi	q ^h uñi	‘seco’
kótšū	qhátša	q ^h oča	‘pie’

5.1.1.3. Oclusivas glotalizadas */p’ t’ k’ q’/. La reconstrucción de esta serie no está exenta de dificultades, comenzando por el hecho de que esta vez no encontramos juegos de cognados, por pocos que sean, que respalden su postulación automática. En efecto, quitados cuidadosamente los aimarismos que portan glotalizadas nos quedamos sin correlaciones obvias. Ciertamente, el carácter magro del corpus de UP constituye una clara desventaja desde el momento en que no nos permite descubrir allí, no al menos fácilmente, elementos que puedan correlacionarse con los cognados esporádicos que puedan identificarse en UD y UCH. Pero incluso, en este caso, los datos con que contamos comportan raíces que, si bien conllevan oclusivas glotalizadas, constituyen formas léxicas locales, demasiado específicas como para esperar correlatos en las otras variedades.

De hecho, en el corpus manejado para UD y UCH, apenas pudimos identificar un juego de cognados para cada uno de los tres primeros segmentos, mas no para el último. Así, tenemos:

*/p’/

piri	p’ili	‘cuerda’
------	-------	----------

*/t’/

tús-su	t’uşu	‘pantorrilla’
--------	-------	---------------

*/k’/

skipi	k’ipa	‘cáscara’
-------	-------	-----------

En vista de la parvedad de los datos ofrecidos, con el agravante de la ausencia total de cognados para /q'/, es legítimo preguntarse si hay bases para postular tales segmentos dentro del sistema del PU. Pues bien, quisiéramos señalar que, no obstante lo mencionado, creemos que existen razones para formular dicha postulación. En primer lugar, dado que el PU registraba africadas glotalizadas, como se infiere a partir de los datos ofrecidos más abajo (ver § 5.1.2.3), lo anormal habría sido que el sistema de la lengua no tuviera al mismo tiempo oclusivas de la misma serie. En segundo lugar, además de invocar principios de simetría, creemos encontrar indicios propiamente fonológicos que apoyan la postulación propuesta, si bien es cierto que aquí también los datos permiten la reconstrucción de sólo algunos de los protofonemas: nos referimos, concretamente, a los segmentos bilabial y alveolar.

En efecto, el material de UD registrado por Uhle (1895) consigna formas verbales que portan un elemento prefijante que se manifiestan como <(p) ~ (p')>, <(t)>, y <č ~ s>, con valor incierto. Dejando de lado por el momento el último de ellos, creemos estar en condiciones de postular, para los primeros, los proto-prefijos *[p'v-] y *[t'v-] (donde <v> simboliza una vocal indeterminada, posiblemente /u/). Compárese el siguiente material confrontado con el de UCH:

*[p'v-]

(p')ékača	ek-š	'dejar'
(p')íllača	ił-š	'recolectar'
(p')ōkača	oq ^h -š	'ir'
p'ikača	ik-š	'rascar'
p'qētača	k ^h et-š	'abrir'
p'tsānača	tsa:n-š	'saludar'

*[t'v-]

(t)kēūsnača	t ^h ew-š	'esperar'
(t)nāyúča	nay-š	'sospechar'
tqūeltānača	k ^h eltan-š	'hacer rodar'
tqōqača	q ^h oq-š	'despedazar'
tgātāča	q ^h at-š	'hacer pared' (< A qhata)

Pues bien, del material comparado se desprende, en primer lugar, que estamos ante dos prefijos que parecen tener un valor referencial objetivo, aunque difícil de precisar. En segundo lugar, el carácter glotalizado en la notación de Uhle, si bien obvio para <p’->, no lo es para <t->. Sin embargo, que dicho prefijo también portaba una glotal, puede verse en los ejemplos modernos de UCH, que constituyen formas lexicalizadas, con claro valor causativo:

t’ap-ʂ	‘hacer dormir’	ap-ʂ	‘acostarse’
t’aw-ʂ	‘remojar’	aw-ʂ	‘humedecer’
t’apa-n-ʂ	‘llevar animales’	apa-n-ʂ	‘llevar’
t’ič-ʂ	‘lactar’	ič-ʂ	‘mamar’
t’ik-ʂ	‘procrear’	ik-ʂ	‘gestar’
t’e-ʂ	‘hacer caer’	e-ʂ	‘caer’
t’oq ^h -ʂ	‘atajar’	oq ^h -ʂ	‘ir’

Como puede apreciarse, no hay duda del carácter glotalizado de la <t> de Uhle. Por lo demás, en cuanto a <p’>, Muysken (2005) registra para el UD moderno la forma <p’usu> ‘enfermedad’, palabra que obviamente contiene la raíz aimara *usu* ‘enfermedad’. Lo propio podemos decir de <p’ōχsă> ~ <ūχsă> ‘flor’ en UP, donde la base es la palabra aimara de origen quechua *uxsa* ‘variedad de ichu’. Siguiendo este mismo procedimiento, podemos postular el siguiente juego de cognados para */p’/, en el material de Lehmann:

ōχsāi	ōχs ^h ă	‘cerro’	p’oqsa	‘techo cónico’
-------	--------------------	---------	--------	----------------

Todo ello constituye, sin duda alguna, base sólida para la reconstrucción de */p’ t’/. Pero también, por razones de simetría, no creemos que sea aventurado postular no sólo */k’/, para el cual tenemos al menos un juego de cognadas, sino también /q’/. De esta manera, las oclusivas glotalizadas formaban parte integral del sistema consonántico del PU, aun cuando tuvieran escaso rendimiento funcional.

5.1.2. Africadas. Las consonantes de este tipo se distribuyen en dos órdenes: dentoalveolar y palatal, y dentro de este último, además, se distinguen entre retroflejas y no retroflejas. De otro lado, al igual que las oclusivas, integran tres series: simples, aspiradas y glotalizadas. Si bien, como se verá, los juegos de cognadas no son muchos, registrándose en algunos casos apenas uno o dos, creemos que hay bases suficientes para postular su reconstrucción. Recuérdesse que en los materiales de UP y UD las africadas retroflejas son a menudo confundidas con sus respectivas no retroflejas, hecho que, de otro lado, podría estar sugiriendo un proceso de deretroflexión en curso.

5.1.2.1. Africadas simples */ts č ĉ/. En relación con los segmentos postulados, debemos señalar que apenas hemos encontrado un juego de correspondencias para el retroflejo. Con todo, creemos que no hay razón como para no proponer su postulación dentro del sistema del PU.

*/ts/

tšǎũa	tšǎũǎ	tsawa	‘granizo’
šixe	tšixi	tsix	‘hueso’
tšũntša	tšẽmtša	tsemş	‘cejas’
pǎxtši	pǎxtši	p ^h axts	‘hígado’
tšusmũyu	tsmǎya	şmoya	‘mosca’
(tš’ũtkō)	tskǎra	skara	‘sombrero’

*/č/

tšacũña	tša(k)qǒl	čakwa	‘estrella’
tšĩñ(i)	tšĩñi	čiy-ñi	‘el que dice’
kǒtšu	qhǎtša	q ^h oča	‘pie’
(p’ækē)	ǎtšǎ	ača	‘cabeza’
(iksǎńika)	ǎžĩui	čiwí	‘blanco’

/ĉ/

tšǒki	tšǒki	ĉoki	‘espina’
-------	-------	------	----------

5.1.2.2. Africadas aspiradas */ts^h č^h č^h/. Reconstruimos esta serie de africadas sobre la base de los juegos de cognados, si bien escasos, encontrados en el material comparativo. Su distribución, como podrá apreciarse, estaba limitada a la ocurrencia en inicial absoluta de palabra.

*/ts^h/

(p̄ísi)	tsī	ts ^h i:	‘uno’
tš̄ʔχo	ts̄íri	ts ^h iri	‘nube’

*/č^h/

(p̄éχe)	tš̄ép	č ^h ep	‘tres’
(-----)	čič-	č ^h ič-š	‘llevar’
tšutš̄iña	tš̄aātš̄iña	č ^h uñi	‘bueno’
š̄indž̄is	tš̄ín ^h i	č ^h inš	‘cama’

*/č^h/

tš̄ūxnia	tš̄ūk	č ^h uki	‘ojo’
tš̄iri	tš̄eri	č ^h eri	‘barriga’
tš̄ux	tš̄ox ^h	č ^h oxi	‘gota’

5.1.2.3. Africadas glotalizadas */ts’ č’ č’/. Aun cuando no nos ha sido posible encontrar cognados que apoyen la reconstrucción de */ts’/, creemos que su postulación se hace necesaria por razones estrictas de simetría fónica. Seguidamente ofrecemos las únicas correspondencias detectadas en el corpus a disposición:

*/č’/

tš̄isi	tš̄ishi	č’i š	‘pez’
(-----)	čux-	č’ux-	‘callar’

*/č’/

tš̄’át(ă)	tš̄’át-	č’at-	‘morder’
tš̄’ūtš’ū	tš̄’ūtu	č’utu	‘espuma’

5.1.3. Espirantes. Se reconstruyen tres sibilantes */ʃ s š/ y dos estridentes */h χ/. Las sibilantes se distinguen, por el punto y modo de articulación, en: ápico-alveolar, alveolar y retrofleja, respectivamente; las estridentes, a su turno, se diferencian por su localización, en glotal y uvular, respectivamente. A la par que las primeras gozan de una relativa libertad de ocurrencia, no ocurre así con las segundas, pues de éstas la primera sólo se daba en inicial absoluta de palabra.

5.1.3.1. Sibilantes */ʃ s š/. Como se adelantó, pese a que la documentación se muestra errática en cuanto a su registro, creemos que hay base suficiente para reconstruir los tres fonemas respectivos, como lo prueban los siguientes juegos de cognadas.

*/ʃ/

sára	s ^h ána	šana	‘patio’
šíp’i	shípi ~ s ^h ípi	šipš	‘bigote’
sóntsīs	s ^h ōñi	šuni	‘peña’
mási	más ^h i	maša	‘piedra’
īsi	ír ^s hi	irš(a)	‘capa’
lósē	lūs ⁱ ~ lū ^u š	luyš	‘cántaro’
tšürs ^h i	tūs ^h ī	tuši	‘corazón’
kúrsi	kúrsi	k ^h urš(a)	‘cola’
pīscūna	pīškūna	p ^h išqa	‘lagartija’

*/s/

sāñ ⁱ sh	sāmi	sami	‘piojo’
sīya	shī ~ sī	siya	‘calor del sol’
ís ⁿ ē	ísñi ~ ís ^h ñi	isñi	‘uña’
hípsi	hæpsi	hepsi	‘carga’
(tšára)	lí ^s lā	lis	‘pierna’

*/š/

sūnē	sōñi ~ sōni	šoñi	‘hombre’
áškīs	ášk	ašqa	‘lejos’
áχmē	áχmi ^{sh}	axmuš	‘suegra’

(----)	šet-	šet-ʂ	‘vivir’
(----)	ǰupa	šup	‘leña’

5.1.3.2. Estridentes */h χ/. Los juegos de cognadas ofrecidos dan pie para la reconstrucción de los dos segmentos. Nótese que la glotal, que podía realizarse como velar, sólo se daba en posición inicial absoluta de palabra. De otro lado, tal parece que la postvelar tuvo como fuente, en algún momento, una oclusiva de localización similar.

*/h/

hínðʒo	híña	hiña	‘caldo’
hílyě	hílyi	hiɫi	‘carne’
(haip’úrō)	háka	haqa	‘día siguiente’

*/χ/

háñña	χā ^{ui}	xawi	‘diarrea’
χólka	χórka	xorkiʂa	‘collar’
măχéña	măχěñi	maxiñ	‘día’
săχũe	s ^h áχ ^{ui}	şaxwi	‘orina’
óχi ~ óχ ⁱ	ūχ ~ ūχ ⁱ	ux	‘fuego’
măχsi ~ măχsi	măš ^h i	maşa	‘piedra’

5.1.4. **Nasales.** Postulamos tres fonemas nasales */m n ñ/, localizados en los puntos bilabial, alveolar y palatal, respectivamente. Su reconstrucción, exceptuando el de la palatal, no ofrece problemas. Así, se tiene:

*/m/

mási ~ măχsi	măš ^h i	maşa	‘piedra’
mŭχtsī	mŭktsi	mukh-čī	‘tabaco’
tšusmŭyu	tšmāya	şmoya	‘mosca’
tšŭntša	tšěmtša	tsemş	‘cejas’
săñ ^{sh}	sămi	sami	‘piojo’

*/n/

nĩ̀ui-náka	niwi-naka	ni:-naka	‘ellos’
ũyáni	ũyáni	we:na	‘noche’
áre ~ láre	ana	ana	‘no’
kúi sára	kúi-sána	qhuy şana	‘patio de casa’
şĩndžis	tş ĩn’s ^h i	č ^h inş	‘cama’

*/ñ/

ũni	õni	oñi	‘sordo’
tũni ~ tĩni	thũni ~ tĩni	t ^h uñi	‘sol’
şĩña	shĩñi	şĩñi	‘huevo’
páni	pální	p ^h alñi	‘sudor’
ĩsnē	ĩsñi ~ ĩs ^h ñi	isñi	‘uña’
şĩnē	sõni ~ sõni	şoñi	‘hombre’
k’ũni	!chũni	k ^h uñi	‘oreja’

Por lo que respecta a la palatal, en vista de la falta de correspondencia total (donde UP es la menos constante), así como de las variaciones registradas por UP y UCH, y amén de la ocurrencia del segmento delante de /i/, uno estaría tentado a no postular */ñ/ para el PU. De hecho, sin descartar la posibilidad de que la vocal palatal haya inducido en otros casos a la palatalización de /n/, creemos que hay una razón suficiente para postular el protofonema respectivo: la distinción sistemática entre los morfemas *-ñi* ‘agentivo’ y *-ni* ‘modal de probabilidad’ (cf. Cerrón-Palomino 2006a: caps. V, § 2.23 y VII, § 2.2, respectivamente). Por lo demás, los préstamos del aimara se han encargado de reforzar la ocurrencia en verdad esporádica de la nasal palatal.

5.1.5. Líquidas. Proponemos cuatro consonantes líquidas: tres laterales */l λ ʎ/ y una vibrante simple */r/. Entre las laterales, la alveolar es la que menos problemas ofrece, como puede verse a través de las correspondencias ofrecidas. La velar, a su turno, si bien de bajo rendimiento funcional (su ocurrencia parece haber sido únicamente

en posición inicial absoluta), tampoco ofrece mayores problemas de reconstrucción, y, más bien, parece haber sido un fonema bastante peculiar de la lengua. La palatal, por el contrario, dada la escasez de cognadas que registra (apenas encontramos, gracias a Uhle, la ecuación UD <(p')illacha> = UCH *il-š* ‘recolectar’), no parece un buen candidato para figurar dentro del sistema fonológico del PU. Sin embargo, como no creemos que haya existido una regla de palatalización de /l/ en contexto de /i/, preferimos postular */λ/, de bajísima ocurrencia, señalando que su flaca frecuencia se vio incrementada luego debido a los préstamos provenientes del aimara. Finalmente, en cuanto a la vibrante, sobra decir que su reconstrucción está respaldada por la serie de cognadas ofrecidas, aunque debemos notar que su ausencia en comienzo de palabra puede estar acusando influencia aimara. Los ejemplos ofrecidos a continuación ilustran las postulaciones formuladas en el presente apartado:

*/l/

lūχ	lūχ	lul- š	‘comer’
lósē	lūs ⁱ ~ lūs ^u š	luyš	‘cántaro’
lītšína	líktin	lik-čī	‘borracho’
χūla	χóāla	xwala	‘llama’
khūla	kūla	kula	‘quinua’
pāñi	pālñi	p ^h alni	‘sudor’

*/ʃ/

χūl’o	χū ^h a ~ χūa	ʃuwa	‘tatora’
ūāχsē	ūāks / juāks	ʃaks	‘axila’
(sākre)	lók ⁱ ~ lóke	ʃoki	‘sangre’
(-----)	jāta	ʃata	‘hembra’
(-----)	lādjudja	ʃač-š	‘aflojar’

*/r/

!pāra	pāra	para	‘árbol; palo’
tširi	tšeri	č ^h eri	‘barriga’
tōra	tūra	t ^h ura	‘nido’

kǔrsi	kǔrsi	k ^h urş	‘cola’
kǎru	kǎru	qaru	‘cuerda de paja’
kúrta	tşkúrtak	kurta	‘estera’

5.1.6. Semiconsonantes. Se reconstruyen las semiconsonantes */w y/, cuya postulación no ofrece ningún problema. Su posición favorita era la de inicial de sílaba.

*/w/

hǔáta	hǔáta	wat ^h a	‘pueblo’
hǔíχtši	hǔíχti	wixt	‘fogón’
tšáŭa	tšá ^ŭ á	tsawa	‘granizo’
háŭña	χá ^ŭ i	xawi	‘diarrea’
(kápō)	kāŭáns	qawan-ş	‘hilar’

*/y/

yǔki	yǔki	yuki	‘rostro’
yícō	yékū	yaku	‘sal’
pláya	páya	p ^h aya	‘césped’
óya	ŭia	wiya	‘sueño’
kǔya	kǔya	q ^h uya	‘casa’

5.2. Vocalismo. En el cuadro II ofrecemos el inventario de las vocales postuladas para el PU:

*i	*u
*e	*o
*a	

Como puede apreciarse, postulamos un sistema pentavocálico, integrado por dos vocales altas */i u/, dos medias */e o/, y una baja */a/. Nótese que las variedades modernas de la lengua registran vocales largas que se corresponden con las breves postuladas. Sin embargo, creemos que no hay base para trasladar la distinción cuantitativa al sistema fonológico del PU, pues tal registro se explica

mejor como un desarrollo compensatorio ulterior, según se verá en su lugar. Obsérvese también que la lengua no permitía secuencia de vocales. Seguidamente se ofrecerá el material que justifica la propuesta mencionada.

5.2.1. Vocales altas */i u/. Aparecían libremente en todas las posiciones, como lo prueban los siguientes juegos de cognadas.

*/i/

ísi	irs ^h i	irş	‘capa’
ís ^h nē	ís ^h ni	isñi	‘uña’
ískē	ís ^h ki	işqi	‘diente’
śip’i	shípi ~ s ^h ípi	şipş	‘barba’
tşiri	tşeri	ĉ ^h eri	‘barriga’
pís ⁱ	pí ^{sh} i	piş	‘seno’
hípsi	hæpsi	hepsi	‘carga’

*/u/

óχi ~ óχ ⁱ	úχ ~ úχ ⁱ	ux	‘fuego’
kúya	kúya	q ^h uya	‘casa’
yúki	yúki	yuki	‘rostro’
khúla	kúla	kula	‘quinua’
tşútşu	tş’útu	ĉ’utu	‘espuma’
túni ~ tóni	thúñi ~ túni	t ^h uñi	‘sol’
kúrta	tşkúrtak	kurta	‘estera’
síχo	ðşico	tseku	‘arriba’

5.2.2. Vocales medias */e o/. Nótese que las vocales medias constituyen fonemas de por sí, y no meras variantes de */i u/, respectivamente. Tampoco deben asumirse como meras reinterpretaciones de sus respectivas altas, que suelen abrirse en contacto con las postvocalares, aunque en menor medida que en el quechua y el aimara, pues, por un lado, ellas bajan necesariamente ante tales consonantes, y, por el otro, pueden aparecer libremente en otros contextos, excepto en final absoluto. Los juegos de cognadas que ofrecemos justifican la reconstrucción propuesta.

*/e/

ípi	epi	ep	‘padre’
(---)	eka-	ek-ş	‘dejar’
(---)	ew(i)	ewu	‘nuevo’
hípsi	hæpsi	hepsi	‘carga’
p!ésta	phéta	p ^h eta	‘hueco; pozo’
(k’araip’úrō)	tšéškū	şęşk ^h u	‘ayer’
iškēti	tşχæti	şqeti	‘humo’

*/o/

ūni	ōni	oñi	‘sordo’
(hāk’ē)	āχsă	oşa	‘nariz’
(----)	owi	owa	‘rodilla’
thótha	tóta	tota	‘espalda’
tšóki	tšóki	ôki	‘espina’
kótşū	qhâtsa	q ^h oča	‘pie’
sūnē	sōñi ~ sōni	šoñi	‘hombre’
(tş’isña)	tsók ⁱ ni	tsok	‘negro’

5.2.3. Baja */a/. La menos marcada que el resto de las vocales, su reconstrucción no ofrece problemas, y su distribución es libre, como se puede apreciar a través de su ocurrencia en el juego de cognadas que ofrecemos.

*/a/

atā	atā	ata	‘boca’
lara ~ ara	ana	ana	‘no’
p!ára	pára	para	‘ábol; palo’
tóra	túra	t ^h ura	‘nido’
áskis	ásk	aşqa	‘lejos’
páni	pālñi	p ^h alñi	‘sudor’
sīya	shī ~ sī	siy(a)	‘calor del sol’
pūitra	pāta	p ^h ota	‘polvo’

6. Aspectos evolutivos. En esta sección intentaremos esbozar algunas de las innovaciones más saltantes que afectaron al sistema fonológico postulado para el PU. Tales fenómenos darán cuenta, en parte al menos, del estado de las variedades modernas de la lengua, tal como éstas han sido registradas. Siguiendo el esquema establecido, nos ocuparemos primeramente del consonantismo y luego del vocalismo.

6.1. Consonantismo. Los fenómenos discutidos en esta sección tratan sobre: (a) las oclusivas laringalizadas, (b) las africadas, (c) el surgimiento de consonantes labializadas, (d) las espirantes, (e) evolución de las líquidas, (f) surgimiento de grupos consonánticos, y (g) simplificación de grupos consonánticos.

6.1.1. Oclusivas laringalizadas. En cuanto a las oclusivas aspiradas, no creemos que es aventurado sostener que ellas han probado ser bastante estables en la lengua. En tal sentido, la aparente ausencia de correspondencia que muestran los materiales de UP y UD en su registro puede achacarse a la inseguridad de su transcripción antes que a cualquier insinuación de cambio por simplificación. Particularmente ilustrativo en este aspecto es el material de Lehmann, con ser uno de los más cuidadosos. En efecto, este investigador no sólo distingue, si bien confusamente, aspiradas y glotalizadas, sino que cree percibir, sobre todo en UP, algo más que una laringalización, y para representarlo se vale incluso del diacrítico <!>, que coloca unas veces delante de la consonante y otras después. Tal ocurre en los siguientes casos:

!pǎra	pǎra	para	‘árbol; palo’
p!áya	páya	p ^h aya	‘céspedes’
p!ésta	phéta	p ^h eta	‘hueco’
t!ápa	tápa	tapa	‘ají’
t!úna	túna	tuna-ri	‘pampa’
k’úñi	!chūni	k ^h uñi	‘oreja’

No creemos que el diacrítico <!> esté buscando representar la glotalización del segmento contiguo, pues Lehmann emplea <'> para marcarla; tampoco parece indicar aspiración, puesto que (como se ve en los ejemplos de UD) para ello se echa mano de <h>. En vista de ello, opinamos que todo no pasa de ser producto de una falsa percepción visualizada en virtud de una notación hiperdiferenciadora.

De otro lado, no sólo las consonantes aspiradas se vieron reforzadas en la lengua debido a los préstamos aimaras, sino que, en ciertos casos, algunos miembros de la serie se han visto incrementados gracias a desarrollos internos ocurridos en ella. Concretamente, este fenómeno se dio en el chipaya, aunque ya se encuentran indicios de que lo propio ocurría también en UD, sobre todo con la /t^h/, y en menor medida con la /k^h/, a estar por los ejemplos que hemos podido detectar en los materiales respectivos. En efecto, los datos ofrecidos ilustran lo anunciado:

<s-tuhuni>	t ^h uñi	'sol'
<!katan->	t ^h atan-ş	'perder'
<!keušnai>	t ^h ew-ş	'esperar'
<!kun wawa>	t ^h un(a)	'esposa'
<ucuhala>	ok ^h ala	'hijo'
<tacsuai->	t ^h aş-ş	'reír'
<tăjja>	t ^h ax-i	'sueño'

Por lo que respecta a las glotalizadas, a diferencia de las aspiradas, parecen haber sido menos estables, y es muy probable que hayan tendido a simplificarse, confundiéndoselas luego con sus respectivas simples. De allí la escasez de su ocurrencia en las variedades modernas. Sin embargo, el contacto con el aimara habría detenido el proceso de simplificación, reforzando la presencia de glotalizadas en la lengua a través de una cantidad nada desdeñable de préstamos que conllevan el mencionado rasgo. Es más, ocurre que por lo menos la */t'/ desembocó en /t^h/, a través de una serie de cambios que afectaron al protoprefijo *(t'v-), como ya se adelantó en § 5.1.1.3 (para la identificación de la vocal, ver § 6.1.6). En efecto, los ejemplos chipayas ofrecidos prueban lo señalado:

t ^h a:-ʂ	‘gritar a alguien’	< *t’v-q ^h awa-ča	q ^h aw-ʂ	‘gritar’
t ^h a:n-ʂ	‘hacer llorar’	< *t’v-q ^h aya-na-ča	q ^h ay-ʂ	‘llorar’
t ^h atan-ʂ	‘hacer desaparecer’	< *t’v-qata-na-ča	t ^h at-ʂ	‘enterrar’
t ^h utun-ʂ	‘vestir a alguien’	< *t’v-kutu-na-ča	kut-ʂ	‘vestirse’
t ^h aq-ʂ	‘hacer vadear’	< *t’v-qaqa-ča	qaq-ʂ	‘vadear’
t ^h oq-ʂ	‘rastrear huellas’	< *t’v-oq ^h a-ča	oq ^h -ʂ	‘ir’

Como puede verse, el desgaste del prefijo, que en los ejemplos tiene claro valor causativo, y su posterior reanálisis como parte de la raíz, es el resultado de por lo menos dos cambios: (a) elisión de la vocal pretónica y desglotalización automática de la consonante (la lengua no tolera glotalización sin soporte vocálico), y (b) adscripción de la consonante inicial de la raíz al segmento del prefijo, tras su desgaste por espirantización y ulterior aspiración.

6.1.2. Africadas. Como se mencionó en § 3.4, la notación de las africadas en los materiales de UP y UD es bastante caótica, lo que no impide que descubramos en ella diversos recursos por distinguirlas. Tal como se dijo a propósito de las oclusivas aspiradas, no toda vacilación en su registro puede interpretarse como indicio de cambio en una u otra dirección. Sin embargo, en el presente caso, no es aventurado sostener que la innovación */ɛ/ > /č/ en UP y UD estaba en curso. De allí que Uhle, Lehmann y Métraux, aunque no puedan evitar confundir la retrofleja con su respectiva no retrofleja, se esmeran por procurarles una notación especial (empleando las grafías <dʒ>, <ɖɟ> y <ɟ>, respectivamente). Además, el hecho de que todos destaquen la pronunciación especial del sufijo declarativo *{-ča-y(a)}, podría estar indicándonos que la africada tenía en dicho sufijo su último bastión. Por lo demás, no debe descartarse que el proceso de deretroflexión se haya intensificado, en UP y UD, con la aimarización creciente de sus hablantes.

Otro cambio que se insinúa en los materiales examinados es la desafricación, como una tendencia general, la misma que parece haber afectado a todas las variedades, incluyendo a la chipaya. Los ejemplos que ofrecemos (ver también § 6.1.7), teniendo al chipaya como elemento de control, ilustran el fenómeno:

<ṭaxwi>	ṣaxwi	‘orina’
<ṭiñi>	ṣiñi	‘huevo’
<ṭiku ~ sik>	tseku	‘cielo’
<piči >	piṣ	‘seno’
<čkura ~ skura>	škur(a)	‘trenza’
<latsi ~ natsi>	las	‘lengua’
<páχtši>	p ^h axs	‘hígado’
<suxri>	č ^h oxri	‘pulmón’

En cuanto a las africadas laringalizadas no retroflejas, particularmente las glotalizadas, parecen haberse mantenido de manera más estable que sus correspondientes oclusivas. La razón de ello habría que buscarla en la naturaleza laríngea del componente fricativo de las africadas, ausente en la articulación de las oclusivas. De esta manera, ellas estaban en mejor capacidad que las oclusivas para “proteger” su glotalización.

6.1.3. Surgimiento de labializadas. Como se recordará, nuestra reconstrucción del PU no contempla consonantes labializadas. Sin embargo, uno de los aspectos más notorios de las variedades modernas de la lengua, es precisamente el registro de tales segmentos, concretamente los de /k^w q^w h^w χ^w/, y esporádicamente /t^w/. Con todo, el material examinado permite sostener que tales consonantes serían el resultado de un desarrollo ulterior de la lengua, en la que una secuencia del tipo *C^www devino en C^wv, tras la elisión de la vocal pretónica (ver §§ 6.1.1, 6.1.6). De hecho, algunos cognados lo sugieren así, como puede verse en:

kōási	qh ^o ási	qhwaṣ ~ qhaṣ	‘agua’
tšáχūa	tš ^á kūa	čak ^w a	‘grande’
(χ ^o χa)	χ ^o ála	x ^w ala	‘llama’

En tal sentido, no solamente tales consonantes tienen un bajo rendimiento funcional, aparte de su ocurrencia como mera realización fonética en contextos predecibles (*cf.* Cerrón-Palomino 2006a:

II, § 1.1.3), sino que su deslabialización era un fenómeno en marcha en todas las variedades registradas, como se puede ver en los ejemplos del chipaya recogidos por Uhle (1894), contrastados con sus versiones modernas:

<guási>	q ^w aʃi ~ q ^w aʃ	‘cuello’
<küéls>	kelʃ	‘bolsa’
<tjǔáni>	t ^h añi	‘ladrón’
<tjǔániča>	t ^h añ-ʃ	‘robar’
<juala>	x ^w ala	‘llama’
<skǔari>	ʃq ^w ari	‘v. de planta’

6.1.4. Espirantes. Como se dijo, no obstante la inseguridad que presentan los materiales de UP y UD en relación con el registro de las sibilantes, es posible advertir en ellos los esfuerzos realizados con el objeto de distinguirlos. Nuestra reconstrucción se basa precisamente en dicha evidencia, pero sobre todo en el testimonio moderno ofrecido por UCH, que conserva los reflejos de los tres fonemas postulados. Es posible que su notación vacilante por parte de los estudiosos esté indicando cierta tendencia hacia la fusión de las mismas a favor de la menos marcada, es decir /s/, aunque, como en el caso de las africadas, no siempre es fácil determinar el nivel de su propagación. No sería infundado sostener, sin embargo, que la fusión se habría acentuado a medida que se consolidaba la aimarización de los hablantes cada vez más reducidos de la lengua, como seguramente ocurrió también con las africadas. De otro lado, como se vio, los procesos de desafricación en curso también desembocaban en sibilantes que se sumaban a las existentes. De hecho, si no fuera por la evidencia comparativa, palabras chipayas como *las* ‘lengua’ y *p^haxs* ‘hígado’ difícilmente se habría sospechado que pudieran provenir de **latsi* y **paxtsi*, respectivamente. En este caso, como ocurre en el chipaya moderno, la desafricación se produce luego del fenómeno de apócope (ver § 6.2.1).

En relación con las estridentes, concretamente en el caso de la aspirada glotal, dijimos que ella estaba restringida a la posición inicial absoluta. Sin embargo, a estar por los datos proporcionados por

Vellard para UD, variedad de iruhito, parece que incluso en dicha posición no se mantuvo intacta, habiendo sido proclive a su evaporación. En efecto, no otra cosa señalan ejemplos como los ofrecidos a continuación:

<huč>	ots-š	‘cansar(se)’
<hax>	axun-š	‘lavar’
<huyi>	uwi	‘helada’
<hos ~hoša>	oša	‘nariz’
<howi>	owa	‘rodilla’
<hana>	ana	‘no’
<hira>	ira	‘prenda masculina’

Por lo demás, no creemos que el fenómeno haya sido producto de una falsa percepción, ya que Polo registra, por ejemplo, <juñi> para *oñi* ‘sordo’, donde el recurso a <j> descarta cualquier insinuación a favor de una “hache muda”. Es posible entonces que tales nombres hayan portado una aspiración inicial. En todo caso, a partir del registro actual del fonema en el chipaya es difícil determinar el contexto en el cual pudo haberse dado semejante fenómeno.

6.1.5. Líquidas. Entre éstas, fuera de la fluctuación esporádica de /l/ ~ /n/, como en UD <nas> y UCH <las> ‘lengua’, interesa destacar la evolución que afectó a la */ɬ/ y la ausencia de */r/ inicial. En cuanto al protofonema */ɬ/, que se mantiene más o menos estable en UCH, sufre un proceso de desgaste cuyo resultado se traduce, de manera variable, ya sea en su delateralización (/l/), o en su velarización plena estridente (/χ/) o semiconsonántica (/w/), como se vio en § 5.1.5. Teniendo en cuenta esta situación, creemos que es posible postular la protoforma *ɬikçi ‘camino’, a partir de UP <lítis>, UD <liksh^hi> y UCH <hikš>. Por lo que respecta a la vibrante, a su turno, aparte de variaciones esporádicas del tipo UP <ara> y UD-UCH <ana> ‘no’, es curioso notar que su restricción de no ocurrencia en posición inicial absoluta recuerda la de su equivalente aimara. No creemos estar aquí ante un fenómeno de vacío

distribucional sistemático, por lo que no debe descartarse que estemos ante un caso de influencia por contacto (y entonces podría pensarse que tal vez algunas de las palabras que comienzan con /l/ en las variedades del uro registradas habrían portado */r/ inicial). Por lo demás, modernamente, UCH registra /r/ inicial, realizada como [r̥], sólo en préstamos del castellano.

6.1.6. Surgimiento de grupos consonánticos. Tal como se adelantó en § 5.1.1.3, los materiales chipayas registran formas nominales y verbales que empiezan por grupos consonánticos. Los ejemplos vistos en dicha oportunidad presentaban grupos del tipo *pC* y *tC*, cuya primera consonante, identificada como **p*' y *t*', respectivamente, formaba parte constitutiva, a su vez, de los respectivos prefijos *{*p*'*v*-} y *{*t*'*v*-}, cuya vocal era obligatoria, de acuerdo con la fonotáctica de la lengua. Pues bien los datos de UP y UD no sólo muestran grupos iniciales como los señalados sino también de *čC* y de *tsC*, como lo atestiguan los siguientes ejemplos contrastados con los de UCH:

(a) verbos

<chqknu-čay>	ʂkut-ʂ	‘atar’
<chpitki-čay>	sp ^h it-ʂ	‘lavar; exprimir ropa’
<čkūrača>	ʂkur-ʂ	‘trenzar’
<čkūača>	ʂkuw-ʂ	‘tejer’
<čqarkičay>	ʂqal-ʂ	‘acercarse’

(b) nombres

<čqala>	ʂqala	‘sementera’
<čkīsi>	ʂqiʂi	‘pellejo’
<čkīti>	ʂqiti	‘vestido’
<čqoni>	ʂqoñi	‘boleadora’
<chkoka>	ʂkoka	‘bicho’
<tsmoya>	smoya	‘mosca’
<ch’po>	spow(a)	‘tendón’

Por lo demás, UCH registra una proporción no desdeñable de palabras que empiezan por C_1C_2 alternando con C_2 , como puede observarse en los siguientes ejemplos:

şqulta	qulta	‘pequeño’
şquluku	quluku	‘poco’
sqo:s(a)	qo:či	‘delgado’
şkera	kera	‘brisa; viento’
şkora	kora	‘portillo’

Tales formas, obviamente, manifiestan distintos grados de re-interpretación. En muchos casos la palabra base es claramente de origen aimara, o eventualmente quechua, lo que prueba que el procedimiento de prefijación era muy productivo. Tales son los casos de:

şqayta	qayti	‘v. de gaviota’
şmathi	mathi	‘rótula’
sqira	qiri	‘sarna’
şqata	qata	‘plano’
şqati	qati	‘cerca’
şquri	quri	‘oro’
şq ^h aqqa	qhaqa	‘semiabierto’

Sin embargo, no siempre la formación de tales grupos supuso un prefijo como primer elemento de la palabra, pues hay indicios suficientes de que éste podía ser también el modificador de una frase nominal. Tal se puede apreciar en los siguientes ejemplos, donde la etimología ofrecida (de origen mixto o aimara, en los tres últimos casos) es tentativa:

*ts ^h iy hiyşi	<tš ^h isi>	‘(un) mes’	(<i>bi:ş</i> ‘luna’)
*ts ^h iy wata	<tš ^h í hūāta>	‘un año’	(<i>wata</i> ‘año’)
*č ^h iqa q ^h ara	şq ^h ara	‘izquierda’	(<i>q^hara</i> ‘mano’)
*hisk’ač’alwa	şkiča	‘rana’	
*siwi qara	şqara	‘coraquenque’	

A la luz de los ejemplos vistos hasta aquí, no hay duda de que el primer segmento de C_1C_2 , cuyo reflejo moderno es una sibilante, no sólo fue parte de un prefijo sino también un lexema modificador. En cualquier caso, todo el componente es reducido a la mínima expresión de su consonante inicial. Este segmento, como se ha podido apreciar, mantenía aún su carácter oclusivo en UP y UD (en el caso de los prefijos) o africado (en los demás casos, con excepción del último ejemplo), aunque los mismos datos ilustran que incluso en tales variedades se estaba dando el proceso de espirantización involucrado. Dicho proceso, completamente consumado en el chipaya moderno, aún estaba en curso cuando Uhle (1894) lo registra por primera vez. No hay duda de que la situación del chipaya de entonces era parecida a la que se daba en el resto de las variedades al momento en que éstas fueron registradas. Notemos, sin embargo, que no ocurría otro tanto con los prefijos identificados parcialmente, pues los ejemplos que recoge Uhle corresponden sólo a la variedad de iruhito, lo que significa que éstos habrían sido los primeros en espirantizarse o fusionarse con las raíces que empezaban por vocal. Como quiera que fuese, resulta claro que la espirantización tenía que darse previa elisión vocálica del morfema prefijante o modificante. Una vez cumplidos ambos procesos, el camino estaba listo para la reinterpretación de la base, con pérdida del significado de aquél, y con una modificación drástica de la estructura silábica de la lengua, que ahora podía adquirir la forma de $((C)C)V(C)$, en inicial de palabra.

Por lo demás, en el estado de nuestros conocimientos, no es posible determinar con exactitud las fases evolutivas involucradas en el proceso de surgimiento de tales grupos. Son muchos los aspectos oscuros que aguardan mejor atención, comenzando por la naturaleza variable del segmento inicial, que se reparte entre las tres sibilantes. Teóricamente debía esperarse que /s § š/ provinieran, respectivamente, de */ts č ê/, pero ni las fuentes son seguras ni la documentación es coherente. En cuanto a los prefijos, como se adelantó, todo parece indicar que portaban vocal /u/, a estar por ejemplos, como <Ꞥchulut pumisi?> ‘¿qué te duele?’, registrado por Polo, y de <tu uškata> ‘recientemente’, recogido por Métraux; para ambos casos encontramos

formas no prefijadas como UCH *miş-ş* ‘doler’ y *uşqa* ‘recientemente’. De manera que podemos postularlos como $*\{p'u-\}$ y $*\{t'u-\}$, respectivamente. Es posible, por lo demás, que los prefijos *x-* y *ś-* modernos del chipaya, actualmente en franco desuso, sean sus reflejos respectivos. De hecho Uhle registra <(pt)pēkáča> para UD como forma equivalente de UCH <pēkáča>, moderno *pek-ş* ‘querer’.

6.1.7. Simplificación de grupos consonánticos. Los materiales de UCH, comparados con los de UP y UD, parecen registrar casos de simplificación de grupos consonánticos en posición interna de palabra. De no ser por tal evidencia, y a partir de los datos de UCH, habría sido imposible imaginar la existencia de tales grupos en las palabras que los contenían. Lejos de encontrar una regla subyacente al cambio, interesa aquí señalar la etimología de las palabras involucradas. Los casos encontrados son:

<tucsi>	tuşi	‘corazón’
<toksa>	toşa	‘foráneo’ (= aimara)
<ucsa>	uşa	‘niño’
<occhos>	oç	‘olla’
<máχsi>	maş	‘piedra’
<áχsa>	oşa	‘nariz’
<çö[x]ka>	ç ^h oqa	‘grueso’
<p!ésta>	p ^h eta	‘hueco’
<k ^x esxu ~ k ^x esu>	keşu	‘cerca’
<licsti>	likşi	‘pesado’

Como puede observarse, en la mayoría de los ejemplos es la primera consonante la que cae. Por lo demás, no se advierte ningún fenómeno de compensación como efecto de la supresión. Incidentalmente, el último ejemplo, que muestra un haz consonántico más complejo, constituye una palabra de estructura interna compleja.

6.2. Vocalismo. En general, como habrá podido observarse, las vocales chipayas han mostrado ser bastante estables, aunque no por

ello hayan mostrado tendencia a la supresión y al ensordecimiento, fenómenos éstos muy característicos de UCH (*cf.* Cerrón-Palomino 2006a: cap. II, § 2.4, cap. III). En esta sección sólo abordaremos dos aspectos relacionados con el vocalismo del PU, aparte del fenómeno de supresión ya mencionado de pasada en § 6.1.6. Nos referimos al fenómeno de apócope, y al no menos importante del surgimiento de vocales largas.

6.2.1. Apócope. A través de los ejemplos ofrecidos en las secciones precedentes, se habrá advertido la tendencia hacia el truncamiento de la vocal /i/ ante pausa, fenómeno que parece haber tenido mayor efecto en UCH. Los ejemplos ofrecidos a continuación recogen algunos de los casos vistos previamente:

īsi	irs ^{hi}	irṣ	‘capa’
pīsi	pī ^{shi}	piṣ	‘seno’
īsi	yīsh	hi:ṣ	‘luna’
tšīsi	tšī ^{shi}	č’iṣ	‘pez’
īpi	apāi	ep	‘padre’
šīχĕ	tšīχi	tsix	‘hueso’
ũáχē	ũáks	ʔakṣ	‘axila’
óχi ~ óχ ⁱ	úχ ~ úχ ⁱ	ux	‘fuego’

6.2.2. Surgimiento de vocales largas. El sistema fonológico del chipaya opone a sus cinco vocales breves, heredadas de la protolengua, otras tantas largas, como resultado de su evolución (*cf.* Cerrón-Palomino 2006a: cap. II, § 2.2). Lo propio se puede decir por lo menos de las variedades de UD, no obstante que, como era de esperarse, los materiales disponibles no dejan de ser ambiguos. De allí que, para el presente caso, hayamos preferido echar mano del vocabulario reciente de Muysken (2005), obviamente más confiable que el de los investigadores que lo precedieron. Los siguientes ejemplos, que ofrecemos al lado de sus correspondientes de UCH, fueron entresacados básicamente de la fuente mencionada:

<sii>	siy(a)	‘calor solar’
<yiiis>	hi:ʂ	‘luna; mes’
<luus-chay>	luy-ʂ	‘levantarse’
<tuu-chay ~ tuysk>	tuy-ʂ	‘vender’
<tuulsakay>	t’uy-ʂ	‘torcer hilo’
<thuu>	t ^h u:	‘nombre’
<laatni>	laa-či	‘vacío’
<wiyana>	we:na	‘noche’
<too>	t ^h owa	‘joven’
<chxoos ~ sxuus>	qo:či	‘delgado’

Como se puede apreciar, el alargamiento vocálico surge como una compensación por la elisión de una semiconsonante, sea ésta palatal o bilabial. En unos casos, como en el de *t^ha*: ‘dar’ o *la*: ‘vacío’, a falta de evidencia, sea ésta sincrónica o dialectal, no es posible determinar la naturaleza de la semiconsonante. De todos modos, el origen compensatorio de la cantidad vocálica no admite dudas. Por lo demás, la lengua ha incorporado también préstamos del aimara con vocal larga: tal los casos de *q’a*: ‘objeto de valor (= plata)’ y *qa:na* ‘red’, que provienen históricamente de **q’aya* y **qayana*, respectivamente. Observemos de paso que en el aimara sureño y en el quechua central las vocales largas provienen también de una fuente similar.

7. Distancia dialectal. Tras el cotejo fonológico y léxico realizado en las secciones precedentes, conviene preguntarse sobre la distancia estructural que guardan entre sí las variedades de uro contempladas. Dejando de lado la comparación gramatical, que será abordada en otra oportunidad, interesa averiguar el grado de semejanza o diferencia que existía entre ellas. La pregunta que trataremos de responder es si estamos ante tres dialectos de una lengua o frente a tres lenguas de una misma familia lingüística. La respuesta, naturalmente, tendrá que ser tentativa, por dos razones de fuerza mayor. La primera porque, con excepción de UCH, que sigue vigente, UP es una entidad muerta, y UD no ha tenido mejor suerte.

La segunda, porque, como sabemos, los materiales de UP se limitan a la lista de Lehmann, y, de otro lado, los de UD, si bien más ricos y variados, requieren de una restitución que sólo puede hacerse a base de su contraste con los de UCH.

Ahora bien, comenzando con las opiniones vertidas al respecto por los estudiosos previos de la lengua, debemos señalar que quienes tuvieron la ocasión de trabajar directamente con por lo menos dos de las tres variedades comparadas, concretamente UD y UCH, no sólo tuvieron la certeza de estar frente a una misma lengua sino que, además de ello, y al margen de sus diferencias fonéticas y léxicas obvias, dejaron constancia de que había entre ellas una relación muy cercana. Así se pronuncian, en efecto, Uhle (1922: 9), Lehmann (1937), Métraux (1935a: 90) y Vellard (1949: 188, 1954: cap. XIII, 226). Quien, sin embargo, opina de manera diferente, a pesar de haber trabajado con hablantes de ambas entidades, es Posnansky (1924: 91), al sostener, impresionistamente, que el chipaya constituía una “verdadera isla lingüística”, y que, en todo caso, su semejanza con el uro del Desaguadero no pasaría del registro común de “unas pocas palabras” parecidas. La verdad de los hechos es que dicho investigador no efectuó ningún trabajo verdaderamente lingüístico con los uros, fuera de sus pesquisas de carácter etnográfico (cf. Posnansky 1932).

Dentro de la etapa que llamamos propiamente lingüística, Olson tuvo la oportunidad no sólo de comparar *in situ* ambas entidades sino que incluso pudo fomentar un encuentro entre hablantes de iruhito y chipaya (en la década del sesenta) en el territorio de los primeros, según testimonia Barrientos Ignacio (1990: 20-22). El cotejo fonológico y léxico realizado por el lingüista norteamericano entre las variedades mencionadas lo hizo en función de su hipótesis de las relaciones genéticas distantes entre el uro y el maya (ver sección siguiente). Como resultado de ello ofrece un vocabulario de 87 voces cognadas entre UD y UCH. Debemos asumir que para dicho estudioso, que además habría verificado una relativa inteligibilidad entre los chipayas y los pocos iruhitos que aún quedaban, las entidades comparadas guardaban una distancia estrecha que no pasaba del nivel dialectal. Lamentablemente, Olson no es nada explícito al respecto.

Una opinión radicalmente distinta a las formuladas hasta entonces la da el lingüista peruano Alfredo Torero (1992). En efecto, luego de realizar un cotejo léxico, esta vez entre las tres variedades —UP, UD y UCH—, dicho investigador concluye rotundamente que estaríamos ante lenguas de una misma familia y no sólo frente a meros dialectos de una lengua. A dicha conclusión lo lleva la aplicación ortodoxa del método glotocronológico tras el llenado, necesariamente incompleto, de la lista de 100 ítemes de Swadesh con el material existente para las tres variedades. Según los cálculos efectuados, la mayor divergencia en el tiempo la darían UP y UCH, que sólo compartirían el 52% del vocabulario básico, lo que arrojaría (para 1992) unos 21.7 siglos de separación; les seguiría UD y UP, que compartirían un 56% del léxico básico, lo que implicaría una separación de 19.2 siglos; y, finalmente, la comparación entre UD y UCH, con un 67% del léxico común, arrojaría una divergencia de 13.3 siglos. A la luz de tales índices de separación, concluye el autor, ni siquiera podía esperarse una inteligibilidad entre UD y UCH, que serían, juntamente con UP, lenguas diferentes de una misma familia. Pone en duda, por consiguiente, el intento que hiciera Wachtel (en la década del 80) por propiciar un diálogo entre iruhitos y chipayas, repitiendo el ensayo que hiciera Olson la década anterior (*cf.* Wachtel, *op. cit.*, I, cap. VI, 269). Para Torero los entrevistados habrían hecho uso del aimara como lengua de contacto y no precisamente de sus hablas respectivas.

Pues bien, ¿qué podemos decir al respecto? Para comenzar, y al margen del carácter discutible del método glotocronológico, creemos que los cotejos léxicos del lingüista peruano deben tomarse con extrema cautela. En efecto, los resultados de la comparación que hemos realizado, no obstante emplear los mismos materiales, difieren notoriamente de los proporcionados por Torero. Así, obtenemos un 46% de léxico compartido entre UP y UCH, un 51% entre UP y UD, y un 87% entre UD y UCH. Según ello, no sólo habría menor comunidad léxica entre UP y UCH sino también entre UP y UD; pero, de manera más drástica, la similaridad léxica entre UD y UCH sería mucha mayor (87% contra 67%), y, por consiguiente, la

distancia temporal entre ellas sería de 4 siglos aproximadamente (y no de 7), lo que resulta más natural, por lo menos geográficamente. Esto último aseguraría, siguiendo la lógica del cálculo glotocronológico, una inteligibilidad mutua relativa, dado que se estaría ante dos dialectos de una misma lengua. En tal sentido, tanto la impresión de los estudiosos iniciales de estar ante una misma lengua, como la del presente investigador, que encuentra bastante próximos los datos de UD y UCH, parecen respaldarse en una realidad demostrable. De todas maneras, léxicamente UP estaría más cerca de UD que de UCH, lo cual es geográficamente icónico.

Por lo demás, las considerables diferencias entre las cifras manejadas por Torero y el presente investigador tienen su explicación. Ellas tienen que ver con el grado de familiaridad en el manejo del material comparado. De hecho, un conocimiento más preciso de UCH, que a su turno permite un aprovechamiento más efectivo de los materiales de UP y UD, coloca al investigador en una posición más ventajosa a la hora de descartar falsos cognados y, al mismo tiempo, al momento de visualizar los verdaderos. De hecho, en las listas manejadas por Torero encontramos, por un lado, algunos aymarismos camuflados, a la par que también advertimos no pocos cognados pasados por alto. Pero, de modo mucho más crucial, hay que señalar que el material de UP no debe tomarse como algo que estuviera reflejando necesariamente el estado de la lengua al momento en que fue registrada. Debe tenerse presente, además, que Lehmann recogió su corpus en el tiempo record de una media noche, y, de otro lado, que su cuestionario léxico omite, por razones que no entendemos, la inclusión de verbos, de manera que los pocos que hemos hallado allí ('dar', 'morir', 'venir', 'tomar', etc.), y que burlaron la atención de Torero, se encuentran "escondidos" en las pocas frases y oraciones que incorpora el estudioso germano. Fuera de todo ello, en fin, el estudio de Torero muestra, una vez más, los peligros de distorsión de los hechos debido a la aplicación mecánica de un método que ha probado ser altamente cuestionable. Mucho más discutible aún es querer asociar, a partir de sus cálculos glotocronológicos, el desarrollo de la cultura Huancarani (*cf.* McAndrews 2005)

con los hablantes originarios del uro (uruquilla, en su terminología), lengua que luego habrían adquirido los habitantes lacustres (ver al respecto, la conclusión a la que llega, luego del examen del trabajo en cuestión, Zariquiey 2005).

8. Relaciones distantes. En esta sección nos ocuparemos brevemente de los intentos de relacionar al uro, genética o arealmente, con otras lenguas o familias de lenguas. Como veremos, la lengua ha sido relacionada directamente no sólo con el puquina y el yunga sino también, en distintos niveles y relaciones de parentesco o de contacto, con otros grupos idiomáticos sudamericanos e incluso mesoamericanos. Veamos, a grandes rasgos, tales propuestas.

Para comenzar, como se adelantó, la designación confusa del uro como puquina ha sido la responsable de que ambas entidades fueran subsumidas dentro de una misma unidad idiomática. Si bien tal fue la percepción de los estudiosos hasta finales del siglo XIX (Brinton 1891, de la Grasserie 1894), a falta de información propiamente lingüística del uro, sorprende que en pleno siglo XX se haya persistido en esa creencia (Créqui-Montfort y Rivet, *art. cit*), no obstante que para entonces ya se contaba con materiales de la lengua, si bien en forma fragmentaria (Uhle 1894, Polo 1901). Con todo, fueron Créqui-Montfort y Rivet quienes intentaron probar que el puquina y el uro eran una misma lengua, sin prestar oídos a la opinión tajante de Uhle, que se había manifestado en contra de dicha identidad, ni tomar en serio la demostración que Polo hiciera en tal sentido, comparando el puquina de Oré (1607) con el del uro recogido por él mismo, como sí lo había hecho Chamberlain (1910). Pese a todo, la idea del pretendido parentesco logró imponerse en los medios académicos, entre otras razones, debido al prestigio de sus patrocinadores. De hecho, sin ir muy lejos, Métraux y Vellard se contaban entre sus seguidores más entusiastas. Pues bien, no nos detendremos aquí en el examen de los esfuerzos infructuosos, por no decir forzados, que hacen los autores mencionados por demostrar aquello que a todas luces resulta indemostrable. Baste con señalar que quienes se han encargado de descartar la pretendida afinidad, afianzando

la tesis de Polo, fueron Torero (1972, 1987, 1992) e Ibarra Grasso (1982: cap. IV), entre otros. Por lo demás, lo que no puede negarse es el contacto milenario que tuvieron ambas lenguas, aunque por la escasez de material puquina no puede saberse el grado de influencia que habría tenido este idioma sobre el uro. Como un detalle, ofrecemos aquí los posibles préstamos (no cognados) que el uro, representado por el chipaya, habría tomado del puquina:

Uro	Puquina	
hi:ʂ	<hisi>	‘luna; mes’
piʂk ‘dos’	<pesc>	‘uno’
č ^h e:p	<cappa ~ capa>	‘tres’
qax-ʂ ‘endeudarse’	<caha>	‘deuda’
t ^h owa	<too>	‘joven’
yuk(i)	<yuque>	‘rostro’
ʂiʂ-ʂ	<sisca->	‘saber’
t ^h ax-ʂ ‘dormir’	<taha->	‘soñar’

En cuanto a filiaciones más distantes, Créqui-Montfort y Rivet, recogiendo la sugerencia de Raoul de la Grasserie, en el sentido de que el puquina estaría relacionado con una lengua arahuaca, luego de forzar la identidad entre esta lengua y el uro, intentaron demostrar su afinidad con el grupo idiomático referido. Sin el ánimo de entrar en la discusión, igualmente innecesaria, de tal hipótesis, aquí nos limitaremos a señalar que, en todo caso, si bien el puquina podría estar relacionado remotamente con la familia mencionada, no puede decirse lo mismo del uro, como siguió haciéndolo Greenberg (1987: cap. 3, 84). Lo que debe quedar claro es que si se ha agrupado la lengua con el tronco arahuaco es porque simplemente se la subsumió arbitrariamente con el puquina.

Quien sin embargo lanzó una hipótesis con relaciones de carácter intercontinental fue nada menos que Olson (1964, 1965), al proponer la afinidad entre su uru-chipaya y las lenguas mayas. En efecto, en los trabajos citados, el investigador norteamericano, tras presentar un juego de 121 cognados registrados por ambas entidades, cree

haber probado, concretamente, que “un grupo de lenguas sudamericanas, el uru-chipaya, está específica y demostrablemente relacionado con una familia mesoamericana reconocida”. Pronto la hipótesis de Olson fue tomada como un hecho probado por quienes han tenido particular predilección por las relaciones genéticas a gran distancia, entre ellos Hamp (1967, 1971) y Stark (1972). Esta última llega incluso a postular una conexión maya-yunga-chipaya, siguiendo, para esta última relación, una sugerencia hecha por Uhle (1896). Sin embargo, tras un examen riguroso, la hipótesis de Olson resultó carente de base sólida, como lo demostró taxativamente Campbell (1973). En efecto, este lingüista, luego del escrutinio minucioso de las 121 correspondencias léxicas en que basa su propuesta, concluye que, en todo caso, sólo unas 14 podrían calificar como indicadoras de una remota relación. En lo fundamental, y por lo que respecta al material maya, Campbell encuentra que los cognados de Olson han sido arbitrariamente establecidos, con gran desconocimiento de la historia y dialectología de la familia respectiva. Otro tanto podríamos decir del lado del uru-chipaya, pues las formas léxicas postuladas como cognadas, aparte de contener aimarismos pasados por alto (presentes incluso en la lista depurada de Campbell), están sesgadas por la interpretación peculiar de la fonología del chipaya del investigador. De hecho, lejos de intentar postular un proto-uru-chipaya para cotejarlo con su proto-maya, se contenta con tomar el chipaya como base de comparación, sin advertir que esta lengua tiene desarrollos propios, como los mencionados en las secciones precedentes, que de ningún modo deben ser atribuidos a la forma ancestral de la cual desciende.

Finalmente, Fabre (1995) encuentra similitudes léxicas interesantes entre el uru-chipaya y el grupo pano-tacana, que atribuye, cautamente, a fenómenos de contacto antes que a relaciones genéticas. El corpus uro empleado en dicha comparación fue previamente compilado y ordenado por el autor sobre la base de una parte de los materiales disponibles hasta entonces (*cf.* Fabre 1991). Pues bien, creemos que en este punto radica precisamente el carácter cuestionable de las formas uru-chipayas (“etimológicas”), seleccionadas

para el cotejo léxico, pues aparte de contener errores de interpretación formal y semántica, adolecen de los mismos problemas que fueron señalados previamente. Como resultado de ello sus “cognados”, aparte de que no serían tales en verdad, resultan bastante forzados. Sobra decir que las correlaciones léxicas hechas al margen de la historia de las lenguas o familia de lenguas comparadas resultan arbitrarias desde el momento en que las formas cotejadas, lejos de ser representativas de la familia en su conjunto, proceden de una de sus variedades particulares con desarrollos propios y relativamente recientes. Por lo demás, lo dicho respecto del corpus léxico uru-chipaya del trabajo comentado no invalida la hipótesis ensayada por Fabre, ya que, fuera de las observaciones formuladas, sigue siendo bastante plausible, por lo que no debiera perdersela de vista.

9. Influencia aimara. A lo largo de su historia, la lengua ha sufrido influencias de por lo menos tres idiomas muy importantes del área andina: el puquina, el quechua y el aimara. En la medida en que sólo contamos con registros de variedades expuestas al último de los idiomas mencionados, ignoramos el grado de penetración que habrían tenido en ella los dos primeros. Sin embargo, a la luz de la información que disponemos para las variedades estudiadas, no es aventurado sostener que otro tanto habría ocurrido con las que finalmente cedieron ante el puquina y el quechua. Por lo que toca a la influencia aimara, de otro lado, no debemos perder de vista el hecho de que los fenómenos de contacto observables en los materiales de UP y UD no pueden ser interpretados de igual manera que los que se dan en UCH. Los primeros, sobra decirlo, corresponden a una situación de sustitución idiomática inminente, manifiesta en la desintegración de la gramática de la lengua, mientras que en el caso chipaya estamos ante una circunstancia distinta, caracterizada por su plena vigencia como entidad autónoma respecto del aimara. Hechas las salvedades del caso, en lo que sigue llamaremos la atención sobre el impacto de esta lengua en los niveles fonológico, gramatical y léxico del uro.

Pues bien, fonológicamente, a diferencia de lo que ocurre en UCH, las africadas y las sibilantes de UP y UD estaban atravesando

por un proceso de simplificación en favor de los segmentos menos marcados /č/ y /s/, de manera de hacerse compatibles con los del vecino aimara. En esta misma dirección, aunque en un nivel puramente fonético, la consonante postvelar adquiriría una articulación más uvular. Pero al mismo tiempo, esta vez en todas las variedades, reforzaba no solamente sus laringalizadas, en especial sus oclusivas glotales, que habían sufrido un proceso de simplificación, sino también sus palatales /ñ/ y /ɲ/, que ahora adquirirían mayor presencia en virtud de la incorporación masiva de préstamos que conllevaban tales segmentos. Es posible también que la repugnancia de la lengua por la /r/ inicial pueda atribuirse a una influencia externa similar. Finalmente, el rechazo a toda secuencia de vocales, provocado ya sea por elisión semiconsonántica o por razones de yuxtaposición morfológica, también pudo encontrar en la fonotaxis aimara un factor coadyuvante.

En el nivel morfológico, que ha sido tratado sólo tangencialmente en el presente estudio, hay que señalar un hecho particularmente importante: la pérdida del carácter prefijante de la lengua. Tal como se vio, aun cuando dicho fenómeno pueda explicarse como resultado de una evolución interna, no descartamos la posibilidad de que los procesos de reanálisis en los que se vieron envueltas las formas prefijadas hayan sido acrecentados por el aimara, lengua eminentemente sufijante. No faltaron ciertamente los préstamos de orden morfológico no sólo derivativos sino también flexivos, tal como asoman de vez en cuando en los materiales de UP y UD, y de manera notoria en UCH. Para señalar un solo caso, baste mencionar aquí el desarrollo de la distinción entre inclusividad y exclusividad, gracias al recurso, para esta última noción, del pluralizador aimara *-naka*, plenamente incorporado en la lengua. Pero más allá de los préstamos morfológicos concretos, lo que impresiona en la lengua es el calco de esquemas y estrategias morfosintácticas tomados del aimara, como lo han señalado Muysken (2000) para UD y el presente investigador para UCH (cf. Cerrón-Palomino, *op. cit.*, cap. XIV). No es exagerado hablar en este contexto de un ahormamiento de la gramática uro dentro del molde tipológico estructural del aimara.

En cuanto al léxico, finalmente, el porcentaje de voces de origen quechua y aimara en el uro es considerable. El recuento hecho sobre un vocabulario chipaya de aproximadamente 2,000 raíces léxicas, arroja cerca de 23% de voces procedentes de las lenguas mencionadas (cf. Cerrón-Palomino, *op. cit.*, cap. XIV, § 2.4). Obviamente, dicho vocabulario se circunscribe básicamente al léxico cultural, girando alrededor de los dominios semánticos relativos a la agricultura, la ganadería, las instituciones sociales y religiosas. En tal sentido, como ya lo habían notado los investigadores del pasado, la cultura material y espiritual presente de los uros en su totalidad es de origen aimara. Tal ha sido el costo de su aimarización, aunque no necesariamente en el plano lingüístico, como lo prueba la lealtad idiomática de los chipayas, aunque el suyo sea un caso único de resistencia lingüística en el mundo andino. Lo paradójico de todo esto es que los iruhitos, no obstante haber perdido ya su lengua, recuerdan en forma intacta su sistema numérico decimal, mientras que los chipayas lo tienen mezclado con el del aimara a partir del número cinco en adelante.

Bibliografía

ÁLVAREZ, Bartolomé

[1588] 1998 *De las costumbres y conversión de los indios del Perú. Memorial a Felipe II*. Madrid: Polifemo.

BARRIENTOS, Félix

1990 *Chipaya: reliquia viviente*. Oruro: Editora "Quelco".

C.A.L.A.

1978 *Ew Testamento Chipay Tawkquistan*. Riberalta: I.L.V.

CALANCHA, Antonio de la

[1638]1977 *Coronica moralizada*. Edición de Ignacio Prado Pastor. Lima: UNMSM.

CAMPBELL, Lyle

1973 "Distant Genetic Relationship and the Maya-Chipaya Hypothesis". *Anthropological Linguistics*. 15, 3, 113-135.

CERRÓN-PALOMINO, Rodolfo

2006a *El chipaya o la lengua de los hombres del agua*. Lima: PUCP.

2000b “Max Uhle: descubridor del chipaya”. (En prensa).

CERRÓN-PALOMINO, Rodolfo y Enrique BALLÓN

2008 “Vocabulario chipaya-castellano/castellano-chipaya”. (En prensa).

CONSTENLA, Adolfo

2001 “La restitución: un método lingüístico reconstructivo sincrónico”. *Filología y Lingüística*. XXVI, 2, 161-180.

CREQUI-MONTFORT, Georges de y Paul RIVET

1925 “La langue uru ou pukina”. *Journal de la Société des Américanistes de Paris*. Tomo XVII, 211-244.

CHAMBERLAIN, Alexander F.

1910 “The Uru: a New South American Linguistic Stock”. *American Anthropologist*. 12, 417-424.

FABRE, Alain

1991 “Vocabulario etimológico preliminar del uru-chipaya (provincias Ingavi y Atahuallpa. Bolivia)”. [Manuscrito].

1995 “Lexical similarities between Uru-Chipaya and Pano-Takanan Languages: Genetic relationship or areal diffusion?”. *Opción*. 11, 18, 45-73.

GREENBERG, Joseph H.

1987 *Language in the Americas*. Stanford: Stanford University Press.

HAMP, Eric P.

1967 “On Maya-Chipayan”. *IJAL*. 33, 74-76.

1971 “On Mayan-Araucanian Comparative Phonology”. *IJAL*. 37, 156-159.

IBARRA GRASSO, Dick

1982 *Lenguas indígenas de Bolivia*. La Paz: Librería-Editorial “Juventud”.

LEHMANN, Walter

1937 *Vocabular des Uro-dialectes von Ts’imu bei Puno*. Berlín: Instituto Iberoamericano. [Manuscrito].

LOZANO MACHUCA, Juan

- [1581] 1965 “Carta del factor de Potosí [...] donde se describe la Provincia de los Lipés”. En Jiménez de la Espada, Marcos (ed.) *Relaciones Geográficas de Indias*. Tomo II. Madrid: BAE-Atlas, 59-63.

MERCADO PEÑALOSA, Pedro de

- [1586] 1965 “Relación de la provincia de los Pacajes”. En Jiménez de la Espada, Marcos (ed.) *Relaciones Geográficas de Indias*. Tomo I. Madrid: BAE-Atlas, 334-341.

MÉTRAUX, Alfred

- 1935a “Contribution à la ethnographie et à la linguistique des indiens uro d’Ancoqui (Bolivie)”. *Journal de la Société des Américanistes*. 27, 75-110.
- 1935b “Les Indiens Uru-Čipaya de Carangas”. *Journal de la Société des Américanistes*. 27, 111-128.
- 1935c “Les Indiens Uru-Čipaya de Carangas”. *Journal de la Société des Américanistes*. 27, 154-415.
- 1936 “Les Indiens Uru-Čipaya de Carangas”. *Journal de la Société des Américanistes*. 28, 337-394.

MCANDREWS, Timothy L.

- 2005 *Wankarani Settlement Systems in Evolutionary Perspective/ Los Sistemas de asentamientos de Wankarani desde una perspectiva evolutiva*. Pittsburg-La Paz: Universidad de Pittsburg-PLURAL.

MUYSKEN, Pieter C.

- 1998 “El uchumataqu (uru) de Irohito. Observaciones preliminares”. *Lengua*. 12, 75-86.
- 1999 “Uchumataqu: Research in Progress on the Bolivian Altiplano”. *International Journal on Multicultural Societies*. 4, 2, 235-247.
- 2000 “Drawn into the Aymara mold? Notes on Uro Grammar”. En van der Voort, Hein y Simon van de Kerke (eds.) *Indigenous Languages of Lowland South America*. Leiden: Universiteit Leiden, 99-109.
- 2005 *El idioma uchumataqu*. Irohito.

OLSON, Ronald

- 1962a "Data check Form for [Chipaya] Phonemic Analysis". I.L.V.: Informe de Campo No. 90.
- 1962b *Chipay taku liylay. Leamos chipaya*. Cochabamba: Imprenta Indigenista Boliviana.
- 1963 "Vocabulario chipaya". I.L.V.: Informe de Campo No. 92.
- 1964 "Mayan Affinities with Chipaya and Maya, I: Correspondences". *IJAL*. 30, 313-324.
- 1965a "Mayan Affinities with Chipaya and Maya, II: Cognates". *IJAL*. 31, 29-38.
- 1965b "La morfología del verbo chipaya". Riberalta: I.L.V.
- 1965c "Construcciones de la morfología y la sintaxis del chipaya". Riberalta: I.L.V.
- 1966a "Morphological and Syntactical Structures of Chipaya". I.L.V.: Informe de Campo No. 91.
- 1966b "Clause and Sentence Structure". I.L.V.: Informe de Campo No. 247.
- 1966c *Quintunaca Liyaquiĉba. Libro I*. Cochabamba: I.L.V.
- 1966d *Quintunaca Liyaquiĉba. Libro II*. Cochabamba: I.L.V.
- 1967 "The Syllable in Chipaya". *IJAL*. 33, 300-304.
- 1977 "Hacia una valoración de lenguas nacionales minoritarias". En Plaza, Pedro (ed.) *Lingüística y educación*. La Paz: Instituto Boliviano de Cultura, 187-195.

ORÉ, Luis Jerónimo de

- 1607 *Ritvale sev Manvale Pervanvm*. Neapoli: Jacobum Carlinum et Constantinum Vitalem.

POLO, José Toribio

- 1901 "Indios uros del Perú y Bolivia". *Boletín de la Sociedad Geográfica de Lima*. Tomo X, 445-482.

PORTERIE GUTIÉRREZ, Liliane

- 1990 "Documentos para el estudio de la lengua chipaya". *Amerindia*. 15, 157-191.

POSNANSKY, Arthur

- 1915 "La lengua chipaya". Memorias presentadas al XIX Congreso Internacional de Americanistas. La Paz: Imprenta y Litografía Artística, 1-27.

- 1924 “Nuevas investigaciones en Carangas (Bolivia)”. *Actas del XXI Congreso Internacional de Americanistas*, 85-102.
- 1934 “Los uros o uchumi”. *Actas y Trabajos Científicos del XXV Congreso Internacional de Americanistas (La Plata, 1932)*. Tomo I. Buenos Aires: Imprenta y Casa editora “Coni”, 235-300.
- RAMOS GAVILÁN, Alonso
[1589] 1988 *Historia del Santuario de Nuestra Señora de Copacabana*. Lima: Talleres Gráficos “P.L. Villanueva S.A”.
- STARK, Louisa R.
1972 “Maya-Yunga-Chipayan: a New Linguistic Alignment”. *IJAL*. 38, 119-135.
- TOLEDO, Francisco de
[1575] 1989 *Disposiciones gubernativas para el virreinato del Perú (1575-1580)*. Sevilla: Escuela de Estudios Hispanoamericanos.
- TORERO, Alfredo
[1965] 1972 “Lingüística e historia en la sociedad andina”. En Escobar, Alberto (comp.) *El reto del multilingüismo en el Perú*. Lima: IEP, 51-106.
1992 “Acerca de la familia lingüística uruquilla (uru-chipaya)”. *Revista Andina*. 19, 171-191.
- UHLE, Max
1894 “Relación somera a la Sociedad de Geografía de Berlín”. *Boletín de la Sociedad Geográfica de Sucre*. II, 21, 158-163.
1985a “Vorbereitetes Uro Vocabular”. Berlín: Instituto Iberoamericano. [Manuscrito].
1895b *Grundzüge einer Uro-Grammatik*. Berlín: Instituto Iberoamericano. [Manuscrito].
1896 “Reisen in Bolivia und Peru”. *Gesellschaft für Erdkunde zu Berlin*. 23, 357-360.
1922 *Fundamentos étnicos y arqueológicos de Arica y Tacna*. Quito: Imprenta de la Universidad Central.
- VELLARD, Jehan
1949 “Contribution a l'étude des indiens uru ou kot'suñs”. *Travaux*. I, 145-209.
1950 “Contribution a l'étude des indiens uru ou kot'suñs”. *Travaux*. II, 51-88.

1951 “Contribution a l’étude des indiens uru ou kot’suñs”.
Travaux. III, 3-39.

1954 *Dieux et parias des Andes*. París: Editions Emile-Paul.

1967 *Contribución al estudio de la lengua Uru*. Buenos Aires:
UBA.

WACHTEL, Nathan

1978 “Hommes d’eau: le problème uru (XVI-XVIIe-siècles”).
Annales. 5-6, pp. 1127-1159.

[1990] 2001 *El regreso de los antepasados. Los indios urus de Bolivia, del siglo XX al XVI*. México: Fondo de Cultura Económica.

ZARIQUIEY, Roberto

2005 “Los riesgos de la glotocronología. Reflexiones desde la familia uro-chipaya”. *Lexis*. XXIX, 2, 259-284.